

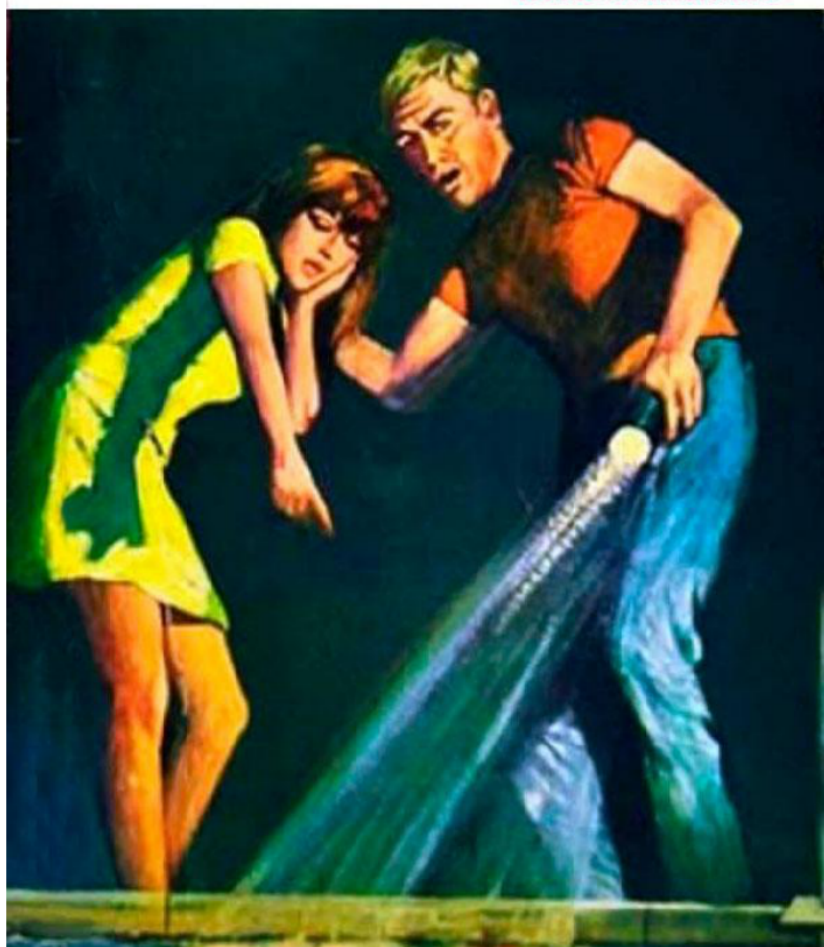
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

la última noche de Preston Kodel

Kelltom McIntire



COLECCION

PUNTO ROJO



KELLTOM MCINTIRE

LA ULTIMA NOCHE DE PRESTON KODEL

Colección **PUNTO ROJO** n.º 462

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES

CARACAS · MÉXICO · RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 2.896 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: marzo, 1971

© KELLTON MCINTIRE, 1971
sobre la parte literaria

© JORGE NUÑEZ, 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BRAVO OESTE:

483 — La pista de los cien mil.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.064 — «M»... de Mafia.

En Colección PUNTO ROJO:

422 — Gladiolos para un asesino

CAPÍTULO PRIMERO

—Lo siento, Val, querida —dijo el hombre—. Pero debemos despedirnos ya.

Recorrió la distancia que mediaba entre el diván que ocupaba la bella mujer rubia y el ventanal, miró al exterior atentamente y añadió:

—Para siempre, claro.

Val Westady se encogió en su asiento, dominada por el pánico. Era incapaz de reaccionar.

De agarrar la botella de *whisky*, por ejemplo, y estampársela al hombre en la cabeza. El terror la paralizaba, le impedía todo movimiento de defensa.

Y el hombre estaba acercándose a ella.

Vestía unos pantalones con la raya impecablemente marcada y sus movimientos eran fáciles, seguros.

Dejó sobre la *service-table*[1] el alto vaso de *whisky* del que había estado bebiendo y miró a Val.

—¡Preciosa, cariño! Esta noche estás más bella que nunca... Ese vestido transparente, casi etéreo..., delicioso. Hasta el miedo que hay en tus ojos verdosos aumenta tu belleza. Sin prisas, el hombre contorneó el diván que ella ocupaba.

Y sus manos, largas, fuertes, velludas, se posaron sobre el respaldo.

—Por eso sentiré más tener que eliminarte, amor.

Uno de sus dedos acarició el grácil cuello de la mujer, bajando por el hombro hasta el delicado brazo.

—Me comprometerías, ¿sabes? Terminarías creándome complicaciones.

Los dedos del hombre habían aferrado el lazo de gasa y lo estaban deshaciendo lentamente.

—Además... no te has mostrado complaciente conmigo, cielo.

Me interesaba esa película. Apenas un fino rollito de celuloide. Tú no sacarías nada de él, hurí.

La gasa estaba siendo retorcida hábilmente entre los dedos del hombre.

—Pero te has empeñado en no decirme dónde está. Y no puedo consentirlo. Necesito el microfilm... ¡Lo necesito! ¿Y sabes por qué?

Ella no contestó porque sus músculos estaban rígidos por el espanto.

—Porque vale millones..., ¡millones de dólares! Yo me expuse muchísimo, nena, por ese pequeño rollo de celuloide. ¡Y lo encontraré!

El hombre tenía ahora el pedazo de gasa entre sus dos manos. Y la tela se había convertido en un delgado y resistente cordón.

Val se estremeció ligeramente cuando aquel cordón rozó su garganta.

Y súbitamente las fuertes y nervudas manos del hombre se separaron, apretando.

El libro que Val sostenía entre las suyas resbaló y cayó al suelo, quedando abierto justamente por la página que ella había doblado por un pico, a manera de recordatorio. El lápiz rodó sobre la mesa...

Entonces sí, entonces la mujer quiso gritar. Pero no pudo.

Porque la tremenda presión del cordón impedía que su alarido fuese más allá de la laringe.

Manoteó desesperadamente.

Y sus bellas facciones se tomaron violadas, negruzcas... Sólo se debatió durante sesenta segundos.

Luego el hombre la fue soltando despacio, como recreándose en su obra.

El cuerpo de la rubia se inclinó hacia adelante y arrastró en su caída la mesita. Botellas y vasos rodaron sobre la alfombra de moqueta.

El hombre pareció levemente disgustado por el argentino sonido de los vidrios rotos. Miró el rostro de la muerta y comentó por toda respuesta:

—La muerte no ha sido muy piadosa contigo, pequeña. Tu rostro se ha transformado en una máscara de fealdad.

Luego dirigió una distraída ojeada al libro caído sobre la

alfombra. Lo hojeó y volvió a dejarlo caer.

Cuando se dirigía ya a la puerta, una risita extraña salió de su garganta. Semejante a la larga y gutural carcajada de los dementes.

Amos Pauling olfateó el aire como un sabueso, entreabriendo prodigiosamente las aletas de su ancha nariz.

—Cigarrillos egipcios... —comentó mirando al sargento Ryan.

Y éste, que era gordo y complaciente, asintió sin duelo, aunque no había escuchado el comentario del teniente Pauling, porque estaba muy distraído en aquel instante observando las bonitas piernas de la mujer muerta.

Amos Pauling era un individuo particularmente ansioso.

De estatura regular y gran corpulencia, Pauling había llegado al grado de teniente de detectives, partiendo de cero.

O lo que es lo mismo, de *cop* o agente patrullero.

La actividad que normalmente se le veía desplegar cuando llegaba al lugar en que se había cometido un delito, era particularmente engañosa.

Porque si bien daba la impresión de que trabajaba mucho, la triste realidad es que no siempre conseguía el éxito apetecido.

O muy raras veces, depurando la expresión.

—Lástima... —murmuró, inclinándose sobre el cadáver y adelantando la gruesa y rojiza nariz, como tenía por costumbre.

—¿Decía, teniente? —preguntó el sargento Ryan.

—Digo que es una lástima que se asesine a mujeres tan... Bueno, tan elegantes, tan vistosas...

—Comprendo, teniente. Al parecer, se corrieron una pequeña juerga en este apartamento. Rompieron varias botellas, vasos...

Pauling no le hizo caso.

El teniente estaba recorriendo con la mirada la biblioteca de caoba que ocupaba todo un paño de la pared.

Aparte de una gran cantidad de buenos libros encuadernados de piel, había algunas piezas de cerámica azteca.

Y un bolso de señora.

Pauling atravesó, ansiosamente, el *living* y puso sus manazas sobre el delicado adminículo de piel de serpiente.

Tan rápidamente pretendió abrirlo, que el cierre dorado se desgarró.

—Humm... A ver... *Miss* Valery Westady, soltera..., profesión: labores..., veinticuatro años... Hummm... Creo que...

Se interrumpió cuando sus dedos tocaron la «Veretta-7'65» de cachas marfileñas. Un arma poco corriente, pero ligera y efectiva.

Pauling sacó un pañuelo, extrajo la pistola y la examinó cuidadosamente.

—No cabe duda —exclamó—. Es la misma.

El sargento Ryan expresó la perplejidad que el comentario del teniente le inspiraba cambiando una mirada con Groyman y Fynes, los dos agentes que permanecían en la puerta.

—¡Kodel! —gritó de pronto el teniente Pauling—. ¡Necesito aquí a Preston Kodel!

—¿Preston Kodel, señor? —inquirió Ryan, que siempre tenía la manía de no enterarse a la primera.

—¡Eso he dicho! Un puerco pesquisa, un tipo presuntuoso, fatuo, agresivo, amoral, atlético, risueño, cínico..., que pose, injustamente, una licencia de la policía para ejercer como detective privado.

—Me suena teniente. Pero ¿dónde podremos hallar al tal Kodel?

Pauling sonrió como una serpiente y se acercó hasta Ryan, dominándolo con su estatura y con su agresiva expresión.

—¿Para eso realizó un cursillo de perfeccionamiento, sargento Ryan? Está bien, le guiaré: tome ese teléfono, marque el ST-8

— 0385. Seguramente Preston Kodel se encontrará al otro lado del hilo.

—Enseguida, señor. ¿Qué he de decir al señor Kodel exactamente?

—¡Narices...! —gritó Pauling, descompuesto.

Luego, al ver el gesto compungido de Ryan, moderó su tono y completó:

—Dígale que si no se presenta en el 201, planta 11, apartamento F de Kínzie Street, antes de quince minutos, obtendré del *district attorney* [2] un mandamiento de detención. ¿Está claro?

—Corriente, señor.

Mientras Ryan discaba el número en el teléfono situado en uno de los huecos de la biblioteca, el teniente Pauling husmeó aquí y allá, tratando de encontrar algo que sólo él sabía.

Y de improviso tropezó con el libro.

Lo tomó en sus manos, lo manoseó, lo olió. Y leyó el título con gran interés:

—*El asesino en la puerta*— silabeó en voz alta.

Con expresión de iluminado, el teniente de la Metropolitana caminó rectamente en dirección al vestíbulo.

Algo en su interior le impulsaba a abrir la puerta del apartamento, a mirar el pasillo. Asíó el tirante dorado y abrió.

Una exclamación poco académica se escapó de sus labios.

Porque una horripilante bruja de cabeza calva, boca desdentada y ojos hundidos acababa de empujarle con fuerza y se precipitaba en el interior, estampando la hoja de la puerta contra la ancha cara del teniente Pauling.

CAPÍTULO II

Preston Kodel acarició con las yemas de los dedos la espalda de la mujer. La morena Rita Crasbow, merecía la pena en verdad.

Escultural, ardiente, cariñosa, alegre, picaresca y eternamente ansiosa.

Kodel besó sus labios con refinada lentitud y luego la separó ligeramente de sí.

—¿Lo harás, Preston, amor? —preguntó ella.

Kodel se alisó con la mano su cabello rubio, que había resbalado sobre la frente, y denegó muy convencido con la cabeza.

—En otra ocasión, nena.

—¿Por qué no hoy... o mañana, Ironside?

—Cuestión de ética. No trabajo en los fines de semana.

—¿A qué dedicas esos dos días, tipo listo?

—A secuestrar adolescentes bien desarrolladas. Después..., me las meriendo.

—¡Monstruo! —rió ella, divertida. Luego su semblante se tomó serio. Y había clara ansia en sus ojos.

—De veras, Preston. ¿No harás ese pequeño esfuerzo por mí? Sprigge me molesta mucho, me resta posibilidades..., ¿entiendes?

—Entiendo perfectamente, encanto. Pero no moveré un dedo contra ese amiguito tuyo, Sprigge.

—¿Ni siquiera si te digo que ese bruto me pega a menudo..., que incluso ha llegado a amenazarme con ahogarme?

—En cierto modo es lógico, Medusa. Eres tan ansiosa, tan ardiente, tan incansable, tan ninfa...

Rita asió la lámpara que había sobre la mesilla de noche y la esgrimió en alto.

—¡No lo digas, Preston! No me insultes, puerco soplón, o te arrepentirás.

Preston se dejó caer sobre la cama, cubierto por las sábanas de

seda azul, falsamente relajado.

Entonces, la excitada Rita dejó el objeto en su sitio.

Y de repente su brazo se vio inmovilizado, aprisionado, dolorido por el zarpazo del detective.

Un gemido de dolor escapó de sus labios de coral.

—¡Por favor, por favor, Preston...! ¡Me romperás el brazo...!

Kodel la soltó con tanta fuerza que la mujer resbaló de la cama, cayó sobre la alfombra y rodó hasta la pared.

—Me disgusta que me amenacen en vano, *miss* Crasbow. ¿O debo llamarte señora Sprigge?

La escultural morena se incorporó lentamente y se dejó caer sobre la cama.

—¿Acaso sabes que...?

—¿Que Arthur Sprigge es tu marido? Naturalmente —nena. Sé eso... Y también que tu odiado Arthur posee varias sustanciosas cuentas corrientes en determinados Bancos de este país.

Ella se mordió los labios y sus ojos destellaron.

Quizá se sentía impulsada a descargar sus insultos sobre Preston Kodel. Pero la evidencia de que el detective podía lesionarla gravemente con increíble facilidad, la obligó a comerse sus palabras.

—No, monada. Te equivocaste conmigo. Una noche de amor, una incitación al asesinato, alegando unas supuestas violencias por parte de Sprigge...

—¡Yo no te invité a mi cama, Kodel! Fuiste tú quien vino a este apartamento.

—Invitado por tu dulzona, excitante e insinuante voz, preciosa, no lo olvides. ¿Quieres que te recuerde todo? Lo haré, descuida.

Kodel había empujado la puerta y recibido la orden de entrar. Avanzó por el *living*, lo encontró desierto, y siguió adelante.

—Adelante, Kodel. Estoy aquí, en el baño. Kodel no era un ermitaño.

Y mucho menos un tímido. Entró.

Rita Crasbow —o Rita Sprigge— estaba en traje de Eva, secándose los largos cabellos negros, brillantes, sedosos.

—¿Qué esperabas que hiciera en una situación semejante, gatita? Tú me pusiste las cosas fáciles.

—Está bien. Hemos estado un rato juntos. Ahora me hueles mal,

Preston. ¡Lárgate!

—Tengo la costumbre de no recibir órdenes de ninguna mujer..., excepto cuando la mujer me pone delante de los ojos un cheque por un valor nominal no inferior a mil pavos, sultana. Me iré... cuando me apetezca. Sé que estás rabiosa porque no has conseguido tu objetivo. Paciencia; búscate a cualquier matón de cincuenta dólares el fiambre. Los hay a docenas por ahí.

—Eres odioso, Preston. Yo había hecho algunos planes en los que entrábamos tú y yo.

—¿Con un cadáver por medio? ¡Olvídalo, Desdémona! Todavía poseo suficiente prestigio para ganarme la vida de forma decente.

Una expresión despectiva apareció en los labios de la hembra.

—¿Tú crees...? —exclamó con intención—. La persona que me envió a ti me dijo que tu moral era amplísima y tu sentido de la decencia nulo.

—Envidiosos, créelo, muchacha.

Kodel se vistió lentamente, sin demostrar ninguna prisa.

Luego se ciñó sobre la camisa el fino atalaje de cuero de su funda pistolera, vacía, y se enfundó en la americana.

—*Au revoir, chérie*, que dicen los franchutes. Olvídate de mí, por favor. No soy el tipo de asesino que necesitas.

Ella se sonrojó de rabia.

Y ansiosa agarró la lámpara y la arrojó con fulminante gesto contra Preston Kodel.

Que acababa de cerrar la puerta por el exterior, pollo que la lámpara se deshizo en pedacitos al estrellarse contra la madera.

Un instante después, Kodel volvía a entreabrir la puerta. Reía abiertamente cuando alzó la mano en señal de saludo. Y añadió irónicamente:

—No vale, pequeña estúpida. Podías emplear tus energías en asesinar con tus manecitas a tu marido.

Rita gritó de rabia impotente.

Y su furor creció hasta el paroxismo, cuando, antes de cerrar definitivamente la puerta, Preston Kodel comentó:

—Así te ahorrarías tener que andar brindando veladas de amor a cualquier detective inmoral e indecente.

Dejando a la bella Rita presa de un ataque de demoníaca cólera, Kodel se deslizó hasta el ascensor y bajó a la calle.

Miró su reloj de pulsera; las doce de la noche.

Decidió que era hora de volver a su pequeño apartamento y se trasladó a Bride Strett, cerca de Polk, en su pequeño y estilizado «Marzal Lamborghini».

No bien había introducido la llave en la cerradura, escuchó el repiqueteo incesante del teléfono.

No obstante, y comoquiera que sentía su garganta reseca, Preston empujó la puerta de la derecha y abrió el frigorífico.

Medio vaso de ginebra sin hielo, era una dosis suficiente para lubricar por el momento la garganta del detective.

Después de apurar su vaso, volvió a llenarlo y con él en la mano, anduvo hasta su original estar-despacho-terrazza.

Todavía encendió un cigarrillo antes de alargar la mano hacia el auricular y preguntar mecánicamente:

—¿Sí...? Está al habla con Investigaciones Kodel.

—Póngase en marcha hacia el 201 de Kinzie, Kodel —dijo una voz engolada, con leve acento oficial—. Si no se da prisa es posible que esta misma noche duerma en un calabozo.

—¿Ah, sí...? ¡Qué miedo, sargento Ryan! —dijo Preston, tranquilamente.

—¿Eh? ¿Cómo diablos ha podido reconocerme?

—Elemental, sargento. Su aliento huele a *whisky* barato.

—¿Será posible...? —murmuró Ryan. Y de pronto comprendió la broma y comenzó a ladrar órdenes, insultos, amenazas.

—Pare el carro, sargento. ¿Para qué diablos me necesita el viejo Pauling?

—No vuelva a llamarme viejo o le encerraré, fisgón —sonó la voz de Pauling en el oído de Kodel.

Sin duda, Pauling poseía un buen oído, como compensación a su escasa agilidad mental.

—Dijo la sartén al cazo... —susurró Preston, sarcástico.

—Escuche, Kodel. Es posible que mañana no se sienta tan burlón. De momento, coja su bombonera carrozada en Europa y venga galopando a Kinzie, a la dirección que le ha dado el sargento. Pida que le atropelle un camión de quince toneladas en el trayecto. Sería un buen final para usted.

Pauling colgó bruscamente y Preston Kodel se quedó fumando su cigarrillo sin saber qué postura adoptar.

Las últimas palabras del teniente de la Metropolitana no le parecían de buen agüero, en cualquier caso.

Y le habían amenazado con dormir entre rejas, por si era poco.

Mientras bajaba los peldaños de la escalera —ya que su apartamento estaba situado en un segundo piso y el ascensor brillaba por su ausencia—. Preston pensó si la llamada de Pauling se debería a su última visita a la deliciosa Val Westady, en Kinzie precisamente. Poco después aparcaba su «bombonera» un poco más allá del 201, ya que la acera estaba repleta de automóviles y gastó dos minutos en encontrar un hueco donde aparcar.

Entró en el ascensor y al final se encontró con un par de policías de uniforme que le miraron con sospecha.

—Me esperan ahí dentro, señores. Al parecer, la velada resultaría insulsa sin mi brillante presencia —se burló levemente.

Ryan murmuró algo así como «ya llegó el pájaro» al verle aparecer y se inclinó para ofrecer su pañuelo a una vieja horrible que gimoteaba sentada en el diván.

—Buenas noches, señores —dijo Preston, sin perder la sonrisa.

Y enseguida se dio cuenta de que el ambiente no estaba para bromas.

Sobre la alfombra de moqueta rosada descansaba el cadáver de la preciosa Val Westady.

—Puerca vida... —se dijo el detective, recordando los deliciosos ratos que había pasado en la íntima compañía de aquella mujer que ya no era bella, mujer, ni nada, excepto un cadáver con feo aspecto.

Ni Ryan, ni los *cops* ni el teniente Pauling habían respondido a su saludo.

—Siéntese —dijo escuetamente el oficial de policía. Preston permaneció tercamente en pie.

—Estoy muy descansado —respondió cínicamente, puesto que la velada con una mujer como Rita Crasbow resultaba siempre desfallecedora, fatigante, descalcificante y otros muchos «antes» más.

—He dicho que se siente, Kodel —repitió el teniente. Preston obedeció.

Porque la voz de Pauling había sonado serena, desacostumbradamente serena. Y el detective conocía muy bien a Pauling.

Y entonces fue cuando los ojos del detective se clavaron en la pistola que había sobre la mesita de nogal, entre el diván y un sillón.

Era una «Veretta-7'65».

Kodel la podía describir con los ojos cerrados, porque aquella pistola era suya. El mismo se la había prestado a Val unos días antes.

—¿Reconoce que es suya esta pistola, Kodel?

El detective no tuvo inconveniente en reconocerlo.

—¿Qué respuesta tiene para el hecho de que la «Veretta» haya sido hallada en el bolso de mano de *miss* Westady?

—Es fácil, teniente. Ella me pidió protección. Al parecer temía que alguien la hiciese objeto de una agresión. La acompañé durante veinticuatro horas seguidas y nada sucedió.

—¿Quiere decir que estuvo con ella incluso a la hora de dormir? —preguntó Pauling con malévola expresión.

—Eso mismo he querido decir —dijo el detective, sonriendo con intención, lo que provocó un fugaz acceso de ira por parte del teniente.

—Eso no aclara lo de la pistola, Kodel.

—Se la presté. Val Westady me pagó quinientos dólares por aquellas veinticuatro horas. No me pareció honrado seguir cobrando aquella cantidad cada día, de modo que le dije que ya estaba bien. Insistió en que tenía miedo, que temía ser asesinada. Por desgracia, eran ciertos sus temores, según puedo comprobar.

—No es necesario que manifieste su pena, Kodel. Explique lo de la pistola.

—Se la presté, teniente. Val me prometió que gestionaría la licencia. Eso es todo.

—Eso cree usted, Kodel. Pero tendrá que responder todavía a muchas preguntas.

—¿Por qué, teniente? Mi conducta está clara como el agua...

—Como el agua que vierten las cloacas al lago, Kodel. Y no me haga hablar. Esa mujer que ve ahí, la señora Uglybody, vive justamente debajo de este apartamento. Escuchó un estrépito de vidrios rotos y subió a quejarse a la señorita Westady.

—¡Una pecadora, eso es! —gritó la horripilante señora Uglybody—. ¡Muchos hombres, mucho alcohol...! ¡Pecado, abominación,

escándalo...!

—Hágala callar, sargento —pidió Pauling. Y continuó—: La puerta estaba abierta y dentro el cadáver de *miss Westady*, ¿comprende, Kodel?

—Comprendo que nada de esto tiene relación conmigo, Pauling. Me marchó.

—¡Quédese! Antes de colocarle unas esposas, quiero hacerle una pregunta. ¿Fuma usted esos apestosos cigarrillos egipcios?

Preston asintió.

—Desde luego. Pero no son...

—¡Cállese! Groyman, regístrele.

Kodel se dejó hacer. Poco después, el *cop* extraía un paquete de «Rich Fellah» y lo dejaba sobre la mesita.

—Cigarrillos egipcios... Coja uno, Kodel. Enciéndalo. Y arroje el humo sobre mi cara. Pensando que lo mejor es complacer a los locos, Preston obedeció.

Pauling aspiró el humo lentamente y su semblante cambió.

—Le arresto como sospechoso de haber cometido un asesinato en la persona de *miss Valery Westady*, Preston Kodel. Todo lo que diga a partir de...

Kodel prefirió ahorrarle la larga parrafada legal.

Y cuando Ryan se adelantó con un par de esposas en la mano, sus puños se movieron veloces.

El sargento se sintió impulsado bruscamente hacia atrás, tropezó en las botellas de *whisky* que había en el suelo y... terminó sobre el regazo de la frankensteiniana señora Uglybody.

Pauling, Groyman y Fynes se lanzaron al mismo tiempo contra el detective. Sin inmutarse, Preston aguardó hasta el último momento.

Y entonces se agachó.

Con lo que las cabezas de los tres policías entraron en simultánea y sonora colisión. De un manotazo agarró la «Veretta» y la guardó en el bolsillo.

Antes de que pudieran reponerse del fenomenal cabezazo, Preston se deslizó hacia el vestíbulo y salió fuera.

—Creo que ustedes deberían entrar ahí, agentes —dijo con toda desfachatez a los dos *cops* que hacían guardia en el pasillo—. A esa señora Uglybody le ha dado un ataque epiléptico de padre y muy

señor mío.

Riendo divertido, Preston les vio precipitarse al apartamento que había pertenecido a Val Westady.

Luego, con toda tranquilidad, entró en el ascensor y descendió a la calle.

A pesar de su escapada, Preston Kodel no ignoraba que se encontraba en una situación muy delicada.

Acusado de asesinato, con todas las probabilidades en su contra para terminar sentado en cierta sillita metálica que funcionaba de cuando en cuando en la penitenciaría del Estado.

En menos de diez segundos había atravesado la calzada, puesto en marcha su estilizado «Marzal» y arrancado a toda velocidad por Kinzie en dirección al Marina City.

Mientras dedicaba toda su atención al volante, Kodel comenzó a pensar incesantemente.

Porque antes de llegar al 201 de Kinzie, Preston sabía ya que Val Westady era sólo un cadáver de rostro contraído y ceniciento.

CAPÍTULO III

Val Westady se había relacionado con extraña gente, desde que Preston Kodel la conociera.

No era justamente una *taxi-girl*, pero poseía la suficiente cantidad de refinado atractivo para ganarse la voluntad de cualquier hombre.

Si además se añade que *miss* Westady no observaba ningún código moral y tenía un temperamento ardiente, su retrato estaba esbozado.

Kodel la había visto en compañía de varios hombres. Por ejemplo, Nelson Turkey.

O Briam Ashduke.

También podían citarse Teo Goretta, Richard Blase y Jerry Colomo.

Con todos ellos había coqueteado Val, aunque se tratase de individuos muy distintos entre sí.

Y quizá alguno de ellos fuese el responsable de su muerte.

Lo cierto era que Preston había estado en el apartamento de *miss* Westady dos horas y media antes.

Días antes, Val le había pedido la pistola prestada y Preston había recomendado:

—Cómprate un arma, encanto. Y logra una licencia de la policía. Esa pistola me hace tanta falta como el aire para respirar.

—Lo haré enseguida, Preston. Seguiré tu consejo. Dentro de unos días te devolveré este bonito «cacharro».

Hacia las nueve de la noche, Preston Kodel recibió una llamada telefónica.

Era Rita Crasbow, que le citaba en su apartamento para las diez y media de la noche. Tenía hora y media de tiempo por delante.

Y Preston decidió aprovecharlo para visitar a Val Westady y recobrar su pistola. Estaba pulsando el timbre musical, cuando se

dio cuenta de que la puerta cedía. Su instinto, habituado al peligro, le insinuó que algo extraño ocurría allí.

Pero Kodel no era hombre que se volviese atrás fácilmente.

Le habían salido los dientes desafiando al peligro. Por otra parte, Kodel poseía una inmensa confianza en sí mismo.

Cierto que era un joven sorprendentemente fuerte, musculado. Y que había aprendido a pelear en Cicero, de pequeño.

Preston Kodel podía eliminar a dos o tres hombres en contra, sin utilizar otra cosa que sus manos y sus piernas.

Entró.

Enseguida percibió la fragancia que impregnaba el vestíbulo.

Preston olfateó unos segundos y dedujo que se trataba de un perfume varonil, caro.

«*Wild Country*», sin duda.

Accionó el conmutador de la luz con el codo.

Y vio el cadáver de Val, ceniciento el rostro, rígidos los adorables brazos.

—Cerdo... —murmuró el detective, dirigiendo su insulto al desconocido asesino—. A las mujeres tan estupendas como Val no se las trata así.

¿Dónde diablos habría guardado Val la «Veretta»?

Atravesó el *living*, esforzándose en no pisar alguno de los objetos que cubrían la alfombra.

Estaba registrando sumariamente la habitación, cuando en la puerta sonaron unos golpecitos.

Preston se ocultó rápidamente tras la cortina que tapa el amplio ventanal y se maldijo por su estupidez al prestar la pistola a Val Westady.

Quienquiera que hubiese golpeado la puerta estaba atravesando el pequeño pasillo del vestíbulo.

¿El asesino, quizá? ¿Había olvidado algo y volvía a recogerlo al lugar del crimen? Preston atisbo entre los diminutos agujeritos de la cortina.

Una mujer de horrible aspecto estaba allí, inmóvil tras el diván.

Mirando, con ojos muy abiertos por el pánico, el cadáver de Val Westady. De pronto, la vieja gritó histéricamente, obligando a respingar al detective. Y se precipitó al vestíbulo, chillando como una comadreja.

Preston adivinó que la policía no tardaría en ser avisada. Y decidió no aguardar allí.

Cierto que no había podido recuperar la pistola, pero peor sería que le sorprendieran junto al fiambre.

Salió fuera, después de apagar la luz. Y utilizó la escalera, que si era más incómoda, representaba mayor seguridad.

A las diez y media, Preston Kodel acudió a la cita con Rita Crasbow, con el resultado que conocemos.

Y ahora, el tarugo del teniente Pauling estaría radiando a todos los autopatrullas sus señas personales, nombre, profesión e incluso la matrícula de su «Marzal».

Es decir, tendría que jugar con la Policía Metropolitana al ratón y al gato. Consultó el reloj: las cero horas, veinte minutos de la madrugada.

¿Qué podía hacer a tal hora?

Por supuesto no pensaba volver a su apartamento. Era más que seguro que Pauling destacara a un agente allá.

Por lo demás, al cínico y guapo Preston Kodel no le faltaban sitios en los que dormir. Andrea Moberly, sin ir más lejos, le ofrecería una cama en su hotelito situado junto al Old Town.

La noche era calurosa, impregnada de un bochorno agobiante.

Mientras seguía conduciendo su «Marzal» sin rumbo definido, Preston volvió a pensar en aquellos cinco hombres que habían gozado de la «amistad» de Val Westady.

Nelson Turkey, un cuarentón bien conservado, de cabellos a lo Einstein, abogado criminalista.

Decir que Turkey se había ganado mala fama en su profesión, sería quedarse corto; todo el mundo sabía que era un chanchullero de la ley y pocas personas respetables se relacionaban con él.

Turkey, sin embargo, poseía un estupendo apartamento en Polk, una villita junto al lago y una sustanciosa cuenta corriente, que subiría de los seis ceros a la derecha.

Briam Ashduke era el polo opuesto.

Treinta años, bien parecido, elegante, refinado..., un auténtico *playboy*, galante y enamorado.

Ashduke pertenecía a una de las familias más encumbradas de Chicago y entre sus parientes se contaban senadores, un gobernador e incluso un asesor de la Casa Blanca.

Su fortuna personal era inmensa y su reputación, aparte sus galanteos, era buena.

Teo Goretta no pasaba de ser un *gángster* sin escrúpulos, un matón que poseía un local de juego clandestino y algunos otros negocios no confesables.

Richard Blase era inglés, de Portsmouth. Delgado, fibroso, eternamente indiferente.

Blase había llegado un par de meses antes de Europa y enseguida había comenzado a relacionarse con personajes de la industria de Chicago.

En realidad, Preston desconocía cuáles eran exactamente las actividades de Blase, aunque frecuentaba los clubs más caros y hacía alarde de dinero de forma ostentosa.

En cuanto a Jerry Colomo... era el tipo de vívidor alegre, guapo, cínico, que vive a costa de su éxito entre las mujeres.

Colomo se había visto hasta el cuello en cuanto a escándalo, publicidad sensacionalista e impopularidad se refiere.

Pero a él no parecía importarle demasiado que la gente le mirase con desprecio o hiciesen comentarios mordaces acerca de él.

Le bastaba con recibir buenos dólares de media docena de «entretenidas» adineradas y darse la gran vida.

Aquellos cinco individuos habían frecuentado la compañía de la deliciosa y frívola Valery Westady.

Y no para entretenerse jugando a los dados o al parchís, ciertamente.

Decidió poner rumbo a Old Town y visitar a la bonita Andrea Moberly, que poseía un cómodo estudio-vivienda en una de las tranquilas callejuelas del barrio.

Andrea tardó en abrirle la puerta.

Cuando lo hizo, Preston parpadeó, deslumbrado, al verla envuelta en un transparente salto de cama, altamente sugestivo.

—¡Preston, amor...! ¿Qué andas buscando a la una de la madrugada? Está bien, ya lo sé. Necesitas dinero, ¿no es eso?

Era deliciosa aquella comprensiva mujercita morena, cuyas fascinantes curvas se marcaban poderosamente bajo el fino atuendo.

—Gracias, bambina. Tengo algunos dólares. Lo que necesito es información. Y que me dejes tu coche. El mío no me sirve; la policía habrá dado por radio su descripción.

Le dejó pasar y movió la cabeza, reprobatoriamente.

—Siempre metido en líos con la policía, Preston. Algún día te meterán entre rejas.

—Y entonces tú irás a visitarme a la cárcel, para llevarme cigarrillos, *sándwiches* y revistas frívolas, ¿verdad, guapa?

—Te prometo que lo haré. Está bien, toma el coche. Te daré algo de cenar, tienes cara de no haber comido, Preston. ¿Qué quieres saber?

Preston se lo dijo mientras despachaba un muslo de pollo frío, ensalada y un plato de fresas con nata.

Al terminar, la miró, saciada su hambre y su curiosidad y ella se puso en pie, acercándose a él hasta que le rozó con su cuerpo.

Le besó suavemente, con insistencia. Y Preston alzó una mano, disculpándose:

—Lo siento, nena. No sabes cuánto me gustaría quedarme contigo toda la noche. Pero tengo trabajo, si quiero evitar que tengas que llevarme todas esas cosas a la cárcel. Volveré tarde.

—Eres un tirano. De acuerdo, vete. Y procura que no te metan un balazo en esa dura cabezota. Por la mañana llevaré tu coche al garaje.

—Gracias, cielo. Eres un amor. Escucha, sé que mi destino es casarme algún día contigo, ternura.

Ella alzó la mano en señal de despedida. Y murmuró entre pensativa y nostálgica:

—Sí..., ¿pero cuándo? Cuando haya engordado y mi rostro esté cubierto de arrugas. Para entonces, tú serás un viejo gruñón, resabiado y gotoso. No, Preston, me casaré con cualquier otro. Adiós.

Kodel le envió un beso con la punta de los dedos y abrió el
«Ford-Wild»
de Andrea.

Poco después desaparecía.

CAPÍTULO IV

Val Westady había frecuentado antes de morir el Second Paradise. Y aquel club era propiedad de un individuo llamado Teo Goretta. Goretta era grueso y apoplético, calvo y grasoso.

Y era refinadamente cruel. Era un canalla, resumiendo.

Preston se introdujo en el Second Paradise y escuchó la música que provenía de la sala de espectáculos.

A él no le interesaba el espectáculo de la pista, sino el que representaría la cara de Goretta cuando le acusase de la muerte de Val Westady.

Utilizó una puertecita discreta que había al fondo del pasillo y se encontró en una escalera.

Al *gángster* le encantaba coleccionar tapices, de forma que sus habitaciones estaban decoradas de forma exhaustiva a base de aquel único adorno.

En el vestíbulo se detuvo, escuchando las voces que provenían de un cuartito situado a la derecha.

—Me estás matando, Grover —dijo alguien—. Apenas me restan veinte dólares, de quinientos. Y el caso es que estoy seguro de que haces trampas, maldito.

—Tonterías... Hoy el dinero se viene conmigo, mañana, tal vez, contigo.

—Da cartas, Jim. Me gusta ese montón de dólares que tienes en la mesa. Y voy a intentar llevármelo.

Carcajadas estridentes, frases groseras...

Preston sabía que en aquel cuartito estaban tres hombres de Goretta. Matones, que el *gángster* utilizaba como guardaespaldas.

Andando de puntillas sobre la larga alfombra que se perdía en el pasillo, Kodel traspasó aquella puerta, sin que fuera advertida su presencia.

Dobló la «L» que describía el pasillo y acercó su oído a una

puerta. Luego la empujó de un patadón.

—¿Quién diablos se atreve a interrumpirme cuando...? —gritó Teo Goretta, sobresaltado.

Se cortó al reconocer a Kodel.

—Estás engordando como un cerdo, Goretta —dijo Preston, avanzando unos pasos—. Tienes «michelines» ahí, y ahí, y ahí... Comes demasiado, muchacho. Los gruesos labios sensuales de Goretta temblaron de indignación.

—Escucha, puerco fisgón. Si tu desgraciada madre no te enseñó que... Hasta ahí, el *gángster* habló de corrido.

Luego, un gruñido salió de sus fauces, cuando el detective le incrustó el puño derecho en la boca y el izquierdo en el flojo estómago.

Golpeó con saña, con verdadera mala intención.

Y sonrió al ver que había sangre en los labios de Goretta, que se había inclinado, con un gesto de dolor, sobre la alfombra persa que cubría el piso.

—¡La pistola, Virgie! —berreó—. ¡Dame esa pistola!

—Deja el cacharro, nena —dijo el detective, llevándose la mano al bolsillo de la americana—. O te vas a quemar los deditos. Te estoy encañonando a través de la tela de mi chaqueta.

La mulatita cortó el movimiento de su mano como si le hubiese picado una serpiente en el pulgar.

—No tengo nada contra ti, Teo. Puedes creerlo. He venido solo a darte una noticia, aunque no mereces que te haga este favor.

Goretta estaba enjugando la sangre de su boca con la misma colcha que cubría sus grasas.

Miró a Kodel con odio e inquirió:

—¿Qué puedes decirme tú, pesquisa? Está bien, suelta lo que sea y lárgate, antes de que de un grito a mis...

—Tus lacayos están fuera de combate, Teo —mintió Preston—. De modo que podemos hablar con toda franqueza, toda tranquilidad, etc.

Teo pareció un tanto afligido por la noticia. Y se acomodó sobre el borde del lecho, dispuesto a escuchar.

—Saca un billete de avión para las Antillas, Goretta. Recoje tu dinero y liquida tus negocios. Me parece que va a hacerte falta todo eso.

—¿Estás loco?

—El loco lo serás tú si continuas en Chicago unas horas más. Escucha, Teo; Val Westady ha sido encontrada por la policía en su apartamento. Estrangulada.

El teniente Pauling tiene una nota en la que figura tu nombre, como asiduo acompañante de Val durante algún tiempo.

Palideció. Y comenzó a disculparse como si se encontrase ante el mismísimo teniente Pauling.

—Yo no lo hice. Tengo mi coartada; he estado abajo, en la sala desde las seis de la tarde.

—¿Cómo sabes a qué hora murió Val? No seas imbécil, Teo. Pauling vendrá aquí y te detendrá. Eres el principal sospechoso.

Ahora sonrió. Como si guardase un triunfo bajo la... colcha.

—Tonterías... Val se dejaba acompañar por muchos hombres. Ahí están Ashduke, Nelson Turkey, Rick Blase, Colomo...

—Desde luego. Pero ellos son mejores personas que tú. Ashduke, Turkey y Blase, son tipos que poseen amistades influyentes, dinero, situación. Colomo es un infeliz que podrá justificarse diciendo que ocupaba el lecho de cualquiera de sus «entretenidas» a la hora en que se cometió el crimen. Y ella, la amada de tumo, pondrá su mano en el fuego, corroborando su coartada.

Teo le miró con miedo y rabia.

—Tú eres el único al que la policía tiene entre ojos, Teo. Explotas negocios sucios, te viste acusado de asesinato en cierta ocasión, aunque eludiste la condena gracias a Nelson Turkey. Además, todo el mundo sabe que eres un vicioso, un degenerado, un desviado sexual. Pauling se dejará caer sobre ti con el mayor placer del mundo, porque hace mucho tiempo que está loco por pillarte con las manos en la masa.

—¿Qué..., qué puedo hacer? —tartamudeó el *gángster*.

—Dime todo lo que sepas acerca de las amistades de Val, sus movimientos, todo. Yo veré de echarte una mano esta misma noche. A cambio de cinco mil dólares por anticipado, naturalmente. No me fío de ti.

Se alzó de la cama inmediatamente y apartó un tapiz que cubría la pared, descubriendo una pequeña caja de caudales.

Abrió y sacó un grueso fajo de billetes de a cien y contó cincuenta.

—Ahí tienes el dinero, Kodel. Trabajarás para mí. ¿Qué me aconsejas que haga entre tanto?

Preston sonrió, mientras guardaba el dinero en el bolsillo interior de la americana.

—Insisto en que lo más seguro es que hagas un viajecito de fin de semana a alguna isla ignorada del Caribe. Yo lo tendré al tanto de mi investigación y tú te encontrarás a salvo, ¿conforme?

—Sí... Creo que lo haré.

—Buen chico. Y ahora, habla, Teo. Dime todo lo que consideres de interés acerca de Val Westady.

—Verás... Creo que esa chica ocultaba algo. Algo importante, que vale mucho dinero, ¿comprendes? Colomo estuvo aquí hace dos días. Me dirigió algunas preguntas extrañas.

—¿Qué preguntas?

—Quería saber si Val había sido vista en el Second Paradise acompañada por un grupo de chinos. Le dije que no controlaba de cerca a Val. Luego supe que Jerry había estado interrogando a los camareros, a la chica del guardarropa. A todo el mundo.

—¿Y bien...?

Era cierto, según pudo comprobar Teo Goretta.

—Eran cinco individuos, elegantemente vestidos, que se acercaron a ella. Val estaba sola y ocupaba una mesa. Los chinos hablaron con ella, en tono obsequioso e insinuante. Pagaron su cuenta y debieron pedirle algo, según me dijo Hertton, uno de los camareros. Val denegó violentamente con la cabeza y los chinos se fueron. Hertton asegura que uno de ellos la amenazó.

—Sigue.

—No hay más. Es todo lo que sé.

—Bien, me marcho. Te aconsejo que despidas a esa mulata y te des prisa en conseguir una reserva de vuelo, Goretta. El teniente Pauling te seleccionará de entre su lista más aprisa de lo que tú desearías.

Preston abandonó el dormitorio, íntimamente regocijado.

Tan distraído marchaba, que no se acordó de adoptar precauciones y atravesó la puerta del cuartito de los guardaespaldas de Goretta sin disimular su presencia.

—¡Alguien acaba de cruzar el pasillo! —gritó uno.

Los tres pandilleros se lanzaron a la puerta como una

exhalación.

Y sus manos agarraron los revólveres que portaban en las fundas sobaqueras.

—¡Quédese ahí! —aulló Jim Gallup, que había perdido hasta el último centavo y se encontraba de un humor de todos los diablos.

Kodel iba ya a accionar el picaporte. Comprendió que antes de que lograra cruzar la puerta los sicarios de Goretta tendrían tiempo de convertirle en un colador.

Y decidió contemporizar. Giró y les miró sonriente.

—¿Qué ocurre, muchachos? Ah, guardad esas armas.

Nada tenéis que temer. Trabajo para vuestro patrón.

—¿Sí, eh? —Mascó las palabras Gallup—. Y yo para el presidente de Estados Unidos, estúpido. Retrocede, alza los brazos y pega tu espalda contra el muro.

Preston obedeció, sin alarmarse.

Y los tres se acercaron a él, regodeándose con la paliza que iban a dar al intruso.

Kodel les dejó acercarse. Para entonces sus dedos habían aprisionado el borde del tapiz de seis metros que colgaba de la pared.

Y cuando Gallup comenzó a cachearle, tiró con fuerza.

El pesado tapiz cayó sobre los tres hombres, al tiempo que Preston los hacía caer al suelo de forma expeditiva: a patadas.

Un desconcertante guirigay sonó bajo la tela. Los tres pandilleros se peleaban por librarse del tapiz que los sofocaba.

Naturalmente, Preston no estaba dispuesto a permitirselo.

Y una idea le hizo reír a carcajadas al distinguir la metálica silueta de una armadura antigua en el rincón frontero.

Be un salto llegó junto a la armadura y la despojó de la gruesa porra que ostentaba sobre el pecho.

Luego la antigua y pesada arma se movió en sus manos con terrible contundencia.

Golpeaba y golpeaba los bultos de los tres pandilleros sin descanso, mientras del tapiz se elevaban nubecillas de polvo.

Se detuvo al observar que todo movimiento había cesado bajo la tela. Entonces dejó caer la porra, alisó sus cabellos y salió.

CAPÍTULO V

Preston sabía muy bien que Jerry Colomo poseía un apartamento principesco en la cuarta planta de un edificio situado muy cerca de *Water Tower*.

Para ir allí, Kodel escogió las calles menos transitadas, marchando a moderada velocidad.

A la una quince se detenía en las proximidades de *Water Tower*.

Un caballero que ocupaba el interior de un imponente «Oldsmobile-Toronado» aparcado a cincuenta metros del edificio en que vivía Colomo, le vio pasar a pie junto a él y le siguió con evidente interés.

Preston Kodel tuvo que presionar varias veces el timbre.

Ya estaba pensando en la conveniencia de hundir la puerta para entrevistarse con Jerry Colomo, cuando éste abrió.

Vestía un fastuoso batín de seda celeste y parecía muy adormilado.

—No me diga que trata de venderme papeletas de alguna de esas rifas benéficas —comentó sarcásticamente, sin dejar pasar al detective.

Preston incrustó su hombro derecho en la puerta de nogal y se abrió paso sin inmutarse.

—¡Oiga, oiga...! ¿Se ha creído que esto es un pasillo del Metro, fulano? ¡Largo de aquí, si no quiere que le arroje de mala forma!

Comoquiera que Preston continuase vestíbulo adelante sin detenerse, Colomo le agarró airadamente de un brazo.

E intentó arrastrarle hasta la puerta. Pero no pudo moverlo siquiera.

Preston apartó su mano como si se tratase de un insecto molesto y zumbón y se quedó mirando la fabulosa decoración del *living*.

En realidad aquello venía a ser un palacio de *Las mil y una*

noches, aunque en versión moderna.

—Vaya, vaya, vaya... —exclamó Preston, sorprendido—. Así es como las engatusas, ¿eh, Jerry? Luces indirectas, divanes y cojines por todas partes, lujo, ambientación, discreto y raro perfume...

—También tengo un teléfono para llamar a la policía, intruso. Y voy a hacer uso de él. Jerry era muy guapo, moreno, tenía gancho.

Pero no conocía a Preston Kodel.

Y comenzó a conocerlo cuando el detective le sacudió un trallazo en el brazo, arrebatándole el auricular violentamente.

—No va a llamar a nadie. Al menos hasta después de que hayamos hablado.

Jerry estaba masajeándose el brazo, que se le había quedado insensible tras el trallazo de Preston.

—Por lo demás —dijo el detective, tomando asiento en un sillón—, dudo de que realmente quisieras entablar conversaciones con la policía, Casanova.

—¡No me llame Casanova! —vociferó el *gígolo*, descompuesto—. Dígame qué desea y lárguese. Necesito dormir doce horas, ¿comprende?

—Está bien, Don Juan Que-las-enamora. Dudo que la policía te deje dormir. El teniente Pauling querrá preguntarte cosas. Por ejemplo, la clase de relación que te unía a la pobre Val Westady. Ha sido asesinada.

No pareció muy impresionado por la noticia, lo que hizo comprender al detective que Colomo estaba al tanto ya de la muerte de Val.

—Me importa un pitó todo eso. Usted debe ser Kodel, ¿eh?

—Chico listo. Sin embargo...

—¿Qué...?

—Hay pruebas de convicción contra ti, muchacho. Conocías a Val y figuras en la lista de Pauling. Por si fuera poco, demostraste mucho interés por lograr alguna cosa de Val. Pauling pensará que la asesinaste para robarle ese..., ¿microfilm quizá, Jerry, conquistador de maduras beldades?

Se acercó con gesto belicoso a Preston, pero se inmovilizó cuando éste se incorporó lentamente elevando los brazos.

—Nada de pelea, chico. O dejarías de tener partido con tus «entretenidas», porque te partiría la carita. De todas formas, la silla

eléctrica no te dejará muy buen aspecto que digamos.

Su rostro se tornó ceniciento. Tenía miedo, era obvio.

—Habla, Jerry. Quizá pueda echarle un cable.

—Está bien, le diré lo que sé. Yo no maté a Val. En realidad..., la quería, ¿comprende? A Preston la sonrisa le obligó a atragantarse.

—No me hagas reír, muchacho. Un tipo como Jerry Colomo sinceramente enamorado es lo más increíble que podía escuchar.

—Crea lo que prefiera. Val poseía un pequeño microfilm, sí. Algo que vale mucho dinero, según tengo entendido. Me encargaron que intentara obtenerlo de ella.

—¿Quién...?

Pareció dudar. Y luego dijo:

—No lo sé. Me llamaron por teléfono ofreciéndome cincuenta mil dólares si lograba apoderarme del microfilm.

—Y tú, ingenuamente, te creíste lo de los cincuenta mil y te dedicaste a perseguir a Val, ¿eh? —se burló Kodel.

—Ese mismo día un motorista de mensajerías me entregó un sobre. Con diez mil dólares en su interior, ¿comprende?

Aquello era algo, desde luego. Un dato que Kodel anotó mentalmente.

—¿Logró el microfilm?

—No. Nada logré sonsacar a Val, a pesar de que insistí con todas mis fuerzas, intentando hacerle comprender que corría grave peligro si ocultaba el microfilm. Se empeñó en que nada sabía de aquello y abandoné.

—Preguntaste por unos chinos en el Second Paradise, Jerry. ¿Qué sabes de ello?

—Me hicieron una visita. Me trataron desconsideradamente y registraron el apartamento de arriba abajo. Al parecer, buscaban lo mismo que yo: un pequeño microfilm. De forma que decidí permanecer en contacto con ellos, por si se me adelantaban.

—Vaya, vaya... Don Juan y Cicerón en una misma pieza. Es peligroso dedicarse al espionaje, Jerry. Por cierto, ¿acostumbras a usar «Wild Country»?

—¿«Wild Country»? ¿Qué es?

No, no usaba aquella marca de colonia. Preston le había olfateado, sin éxito.

Jerry utilizaba perfumes más discretos, afrodisíacos, que aumentaban el interés que provocaba en sus «entretenidas».

Ya pensaba Preston Kodel abandonar el apartamento, cuando Jerry Colomo se acercó al ventanal y comenzó a correr la cortina.

Estaba haciéndolo cuando hasta los oídos del detective llegó el rumor de aquel crujido.

Se levantó, intrigado, y vio que Jerry permanecía inmóvil, con las palmas de las manos apoyadas sobre el cristal.

Y súbitamente comenzó a deslizarse despacio hasta el suelo, doblando las rodillas.

Luego cayó de espaldas y quedó inmóvil ante el diván. Un agujerito aparecía en su frente.

Semejante al orificio que podía verse en el cristal.

No era necesario tomar el pulso al *gígolo* para comprobar que estaba muerto.

Lo habían asesinado disparando con un rifle dotado de mira telescópica, sin duda. Preston Kodel apagó la luz y se precipitó a la ventana.

Miró afuera, asomando solo unas pulgadas.

Sólo llegó a tiempo de ver alejarse velozmente un automóvil, calle adelante. Un precioso «Oldsmobile-Toronado», color celeste.

Evitando tocar los muebles del lujoso *living*, Kodel atravesó la habitación y abandonó el apartamento de Jerry Colomo, un chico que había vivido a costa de las mujeres, explotando sus cualidades de tenorio.

Cuando arrancó el «Ford-Wind»,

el reloj eléctrico señalaba las tres menos quince minutos.

«Creo que lo mejor será dormir hasta el mediodía», se dijo. Sí. Era lo más aconsejable después de la agotadora jornada.

En Old Town aguardaba la morena Andrea Moberly, que le ofrecería un lugar seguro y cómodo donde guarecerse.

No pudo captar la persecución de que era objeto, porque el «Cadillac» negro le seguía a distancia y su conductor era un experto.

Con la habilidad y paciencia propia de los chinos. Sin embargo, nada sucedió.

Kodel bajó del automóvil en la callejuela donde vivía Andrea y el «Cadillac» pasó de largo.

No quiso despertar a su amiga.

Desnudándose en la oscuridad lentamente, Preston se introdujo en la cama y suspiró profundamente.

Y se durmió como si tuviese la conciencia tranquila.

CAPÍTULO VI

El hombre permanecía tras su sillón giratorio, observando unos documentos.

Las corridas cortinas hacían de la estancia un lugar sombrío, donde apenas podían distinguirse las siluetas de los muebles.

Y por eso, sin duda, mantenía encendido el flexo que había sobre su mesa.

Su rostro permanecía entre las sombras. Sólo sus ojos brillaban mucho, examinando con evidente interés aquellos documentos.

Un ligero rumor se produjo fuera y el hombre giró el cuello, esperando que la puerta se abriese.

Efectivamente, segundos después, un estirado mayordomo anunciaba:

—Míster King

Ling-Khai,

señor, con sus cuatro acompañantes.

—Hágalos pasar enseguida, Clive.

—Bien, señor.

Poco después, Clive volvía a aparecer en la puerta precediendo a cinco curiosos caballeros chinos, ante los que se inclinó el mayordomo sin entrar.

Ling-Khai y compañía vestían elegantes y bien cortados trajes occidentales, a la última moda, aunque con la misma rigidez de movimientos que si vistiesen un uniforme militar.

Dos de sus acompañantes eran individuos fornidos, de elevada estatura e imponentes hombros, réplica exacta del personaje conocido por el nombre de King Kong.

Los otros dos eran delgados y flexibles como juncos, eternamente sonrientes.

En cuanto a King

Ling-Khai,

era el chino más inteligente y astuto que pudiera imaginarse nadie.

Ling-Khai era, en realidad, mestizo de europeo y china, y había heredado lo peor de cada raza, indudablemente.

—Buenas tardes, señores —saludó el hombre que se sentaba tras la mesa—. Por favor, ¿quieren tomar asiento?

—Nos sentaremos, desde luego, míster...

—Es mejor no citar mi nombre, señor

Ling-Khai.

Llámeme simplemente Smith. Decía usted...

—Estoy comenzando a impacientarme, señor Smith. No ha obtenido los resultados que me había prometido.

—Tampoco usted ha logrado nada trabajando por su cuenta, querido

Ling-Khai.

Sé que ha intentado encontrar el microfilm. Sin éxito.

King unió sus manos sobre las rodillas y concedió humildemente:

—La fortuna no me ha acompañado en mi modesto intento, Smith. Sin embargo, usted y yo habíamos concretado un pacto: debería entregarme la fórmula de ese gas antes de finalizar la semana.

Latía la amenaza en las palabras del chino, y Smith supo captarla sin esfuerzo.

—Imponderables, mi estimado King

Ling-Khai.

Pero estoy seguro de que podré poner en sus manos ese pequeño microfilm no tardando mucho.

El chino entornó los oblicuos ojillos y murmuró apaciblemente:

—Le interesa cumplir con su parte, Smith. Yo he cumplido mi promesa. Cinco millones de dólares han sido transferidos hace veinticuatro horas a una cuenta cifrada a su nombre, en un Banco suizo.

—Es cierto. —Smith se frotó las manos nerviosamente—. He recibido un cablegrama confirmando ese depósito. Confíe en mí,

Ling-Khai.

Tendrá ese microfilm.

—Dese prisa o... le pesará, Smith. Necesito esa fórmula enseguida. He dirigido personalmente el acondicionamiento de un

laboratorio para experimentar la fabricación a gran escala de ese gas, he realizado cuantiosos gastos con cargo a la Tesorería de mi país... Si me entrega ese microfilm, otros cinco millones de dólares serán depositados a su nombre. Si vuelve a darme una respuesta negativa... Bien, tendrá motivos para lamentar haber ejercido de representante de Richard Blase en este asunto.

Smith debió palidecer protegido por la penumbra.

Su voz sonó colérica, malhumorada, cuando exclamó:

—¡Ese estúpido Blase...! Se dejó engatusar por Val Westady, está claro. Y ella le robó el microfilm. Si hubiera sabido desligar el amor y el trabajo, usted tendría ya lo que busca,

Ling-Khai.

—¿Ha registrado palmo a palmo el apartamento de la señorita Westady, Smith?

—Milímetro a milímetro. Val negó una y otra vez que hubiera robado nada a Blase.

Naturalmente, no la creí.

—Y la asesinó, ¿eh? Fue un error. Mis hombres la hubieran sometido a «tratamiento», Smith.

—Confieso que me sacó de quicio su terquedad. En cualquier caso, ella está muerta ahora, tan muerta como Jerry Colomo.

Ling-Khai sonreía, divertido.

—Le vimos disparar desde el interior de su automóvil, Smith. Chum-Shing, mi experto en fotografía —Ling-Khai señaló a uno de sus pequeños acompañantes—, se empeñó en sacar una instantánea con su pequeña cámara japonesa. Se le ve a usted muy bien, querido Smith, rifle en mano, a la luz del más próximo foco luminoso.

Smith barbotó una exclamación indefinible y su puño se abatió furiosamente contra la mesa.

—¿Era necesario eso,

Ling-Khai?

¿Qué pretende guardando esas pruebas contra mí? El chino alzó las manos en ademán conciliatorio.

—Nada en absoluto. Excepto evitar que usted, Smith, piense burlarse de mí. Soy un chino muy desconfiado, ¿comprende? De esta forma, estoy íntimamente seguro de que no tratará de quedarse con cinco millones de dólares y entregar la «mercancía» a otra

persona.

—Está bien, pero quiero ese clisé y las copias en cuanto logre el microfilm.

—Por supuesto. Será un... ¿cómo dicen ustedes? ¡Ah, sí, un «toma y daca»! Y tenga cuidado, Smith. Vimos salir del apartamento de Jerry Colomo a un tal Kodel, Preston Kodel. Ese hombre puede buscar lo mismo que nosotros e incluso puede habérsenos adelantado.

—Tranquilícese. A estas alturas, Kodel no tiene escapatoria. Toda la policía de Chicago le persigue, acusado de doble asesinato. ¿Siguieron a Kodel?

Ling-Khai sonrió astutamente:

—Desde luego. Se apeó de su automóvil en Old Town y entró en el apartamento de una tal... ¿Cómo era, Chum-Shing?

—Miss Andrea Moberly, decía la placa —informó el pequeño Chum, con voz atiplada.

—Está bien. Enviaré a algunos hombres con el encargo de que me lo traigan. Lo estrujaré, le obligaré a confesar lo que sepa. Luego... lo entregaré a la policía.

—Sería una estupidez, Smith. Kodel podría informar de algunas cosas que nos interesa se mantengan en secreto. Llévelo al laboratorio. Mis hombres le arrancarán hasta el número de los calzoncillos que usa, ¿no es cierto,

Pou-Yang,

Ming-Shé,

Tchiu-Ky?

Los chinitos asintieron, sonriendo inocentemente.

Luego,

Ling-Khai

se alzó despacio de su asiento y caminó hacia la puerta seguido de su cohorte.

Antes de franquearla, se volvió por última vez a Smith, sonriendo amablemente.

—Si ese microfilm no aparece pronto, mi querido Smith, tendré el gusto de poner a su disposición los servicios de mis hombres. Pou-Yang es un diablo con el bisturí en la mano; puede realizar un centenar de profundas incisiones en el cuerpo de un hombre sin llegar a matarlo. Naturalmente, eso no es todo. Ming-Shé es un

especialista en martirios chinos y Tchiu-Ky parte el cráneo de un hombre con sólo dos dedos. No le hablo de mis habilidades para no parecerle presuntuoso... Adiós, señor Smith. Volveremos a verle. Pronto.

Smith sonrió como pudiera hacerlo un enfermo del hígado y esperó a que Clive volviese.

—Quiero que hagas algo, Clive. Vete a la más próxima ferretería y coloca cerrojos de seguridad en todas las puertas y ventanas.

Como Clive le mirase con intensa perplejidad, Smith carraspeó y completó sus palabras:

—Hay muchos ladrones por ahí, ¿sabes? No puede uno fiarse... ¡Vemos tantos sinvergüenzas sueltos por esos mundos!

Esperó a que el mayordomo saliera y volvió a enfrascarse en el examen de los documentos que había sobre su mesa.

De pronto, un chasquido sonó en el jardín.

Smith apagó el flexo, introdujo el brazo en un cajón de la mesa y empuñando una pistola se acercó a la ventana.

El jardín estaba ya en sombras y ningún movimiento pudo advertir. Un gato maulló quejumbrosamente y Smith suspiró con alivio.

—Un gato —murmuró—. Un vulgar gato vagabundo. Y volvió a su mesa.

En el patio, una ágil figura vestida de negro se destacó de un seto y se fundió entre las sombras de la verja.

Con notable facilidad, alzó una pierna y cruzó la valla.

La luz de la calle iluminó sus hermosas facciones tostadas por el sol. Era Andrea Moberly.

CAPÍTULO VII

El gordo Teo Goretta no había sabido encajar la humillante burla de que le hiciera objeto la noche anterior Preston Kodel.

Durante todo el día había estado insultando a Grover, Gallup y Picker, sus tres pandilleros de confianza.

—¡Estúpidos, burros, retrasados mentales! Tres hombres contra uno solo... ¡y os dejáis vapulear como cerdos en una cochinería!

—Nos engañó, jefe, nos engañó... El puerco detective tiró del tapiz y...

—¡No me lo repitas, os lo he oído docenas de veces! Os pago un buen sueldo, ¿no? Vuestros gastos de comida, bebida y diversiones son por mi cuenta, ¿cierto? Incluso permito que os divirtáis alguna vez con las chicas del conjunto, ¿verdad?

—Sí, jefe —dijo Gallup, inclinando la cabeza.

—Cierto, cierto —remachó el brutal Jack Grover.

—Es la verdad —murmuró Picker, delgado y nervioso.

—¡Bien! Vosotros permitís que un intruso se introduzca en mi habitación cuando estoy... ¡Bueno, en compañía de Virgie! Por si era poco, Kodel logra hacerme creer que estoy en peligro y me estafa cinco mil dólares.

Hizo una pausa para respirar y su vientre se estremeció de ira.

—¡*Madonna*! ¿Se puede imaginar mayor escarnio que éste? ¡Teo Goretta estafado como un vulgar campesino! Y esta mañana leo los periódicos y veo la fotografía de Kodel en primera página... ¡reclamado por el asesinato de Valery Westady, un delito del que pretendía convertirme en responsable!

Goretta iba subiendo de tono a cada nueva frase.

Y su ancho rostro estaba congestionado sorprendentemente.

Tan rojo y tan hinchado que sus hombres temieron que fuera a estallar como un globo de un momento a otro, salpicándoles de sangre.

—No se enfade, jefe. Buscaremos al tal Kodel —dijo Gallup.

—¡Le machacaremos, le convertiremos en pasta para albóndigas!
—Remachó el bestia de Grover, dejando caer su enorme puño sobre la mesa.

—Déjelo de nuestra cuenta, jefe. Encontraremos a Kodel y lo traeremos aquí. Podrá divertirse con él largo rato. Yo conozco varias formas de torturas occidentales y orientales.

Goretta se puso en pie.

Sus ojos brillaban como dos carbones y sus dedos se agitaban como buscando un cuello que apretar.

—¡*Vendetta*! —gritó, ridículamente afónico.

Luego señaló en silencio la puerta, y ordenó, con gesto napoleónico:

—¡Id! No volváis sin Kodel. Me divertiré con él clavándole cuchillitos en el vientre. Pero tened cuidado; Kodel es un tipo peligroso. Conoce todos los trucos y es muy capaz de burlarse nuevamente de vosotros.

—Descuide, jefe. No nos sorprenderá por segunda vez. Hemos ideado algunos trucos, a nuestra manera. Vea.

Gallup se quitó la chaqueta y mostró sus brazos a Goretta.

Dos revólveres de cañón corto habían sido sujetados a los antebrazos del pandillero mediante tiras de esparadrapo.

El gatillo estaba sujeto por un bramante que terminaba anudado por el otro extremo al anillo que el *gángster* lucía en el dedo medio.

—¿Lo va comprendiendo, jefe? No tengo más que alzar ligeramente el antebrazo y doblar el dedo... ¡Así!

Los dos revólveres dispararon a la vez. Y dos plomos perforaron la dura chapa de la armadura medieval.

—¡Bruto! —exclamó Goretta, asustado—. Podías haber disparado hacia otro sitio, me has estropeado la armadura.

—Eso no es todo, jefe —se ufano Jackson Picker—. Hemos preparado un bonito ramo de flores para Preston Kodel.

Picker entró en la habitación inmediata y volvió con un hermoso ramo de rosas rojas, blancas, amarillas...

—No estaréis pensando regalar flores a ese puerco, después de la burla de anoche, ¿eh? —dijo Goretta, levemente amoscado.

—¿Por qué no? Sólo que estas rosas disparan plomos calibre 73. Estupefacto, el *gángster* vio cómo Picker deshacía el ramo de rosas.

Una brillante y eficiente metralleta «Keenan Kommand» apareció entre los tallos de las flores.

—¿Ve? Basta introducir el dedo índice por esta abertura lateral practicada en el cartón y... ¡Rat-tac-tac-tac...!

La ráfaga de metralleta despedazó en minúsculos fragmentos el busto en barro del dios Baco que ocupaba el pedestal de un rincón.

—¡Animal! —barbotó Goretta—. Podías haber disparado contra la armadura. Total, agujero más o menos...

El simiesco Jack Grover salía en aquel instante de la habitación próxima con una caja de bombones de licor en la mano.

Relucientes los ojillos, despachó unos cuantos ante el gesto de incompreensión de Teo Goretta.

—¡Estúpido! —le reprendió—. Estamos organizando una batalla con todos los recursos técnicos y tú te pones a zampar bombones a dos carrillos.

—Espere, jefe —farfulló Grover, sin dejar de masticar—. Yo también he puesto mi granito de arena en esta batalla. ¡Sorpréndase!

Grover volcó la caja sobre la mesa, descubriendo el doble fondo. Todos los bombones habían caído en la mesa, menos uno.

Que permanecía sujeto por un hilo de nylon casi invisible.

Grover alzó la tapa de cartón y puso ante los ojos de Goretta un complicado mecanismo compuesto por una pila eléctrica, cables, contactos...

Luego, el pandillero sacó un pedazo de masa blancuzca del bolsillo, lo insertó en un hueco de la caja y hundió dos electrodos en ella.

—Explosivo plástico, ¿comprende? Suficiente para volar todo un edificio, jefe. Verá, colocaré todos los bombones en la caja, junto a éste que está atado por un hilillo. Cualquiera que abra la caja, tomará al azar un bombón. Si le sabe bueno, y son riquísimos, repetirá una vez y otra hasta que coja el que conecta la pila eléctrica haciendo estallar la carga, ¿comprende?

—¡Genial! —alabó Goretta, con los ojos brillantes—. Pero, por favor, no experimentes tu invento aquí... ¡Saltaríamos por los aires!

—Descuide, jefe —respondió Grover, cachazudamente—. Esta caja de bombones sólo la utilizaremos si los artilugios de Gallup y Picker fallaran. Hemos averiguado algunas cosas, mientras usted

dormía.

—Está bien, habla. ¿Qué es ello?

—Recorrimos toda la ciudad de cabo a rabo, distribuyéndonos por cafeterías, restaurantes, garajes, tiendas...

—¿Y qué?

—En un garaje de las proximidades de Old Town, una preciosidad llamada Andrea Moberly dejó el «Marzal» de Preston Kodel esta mañana. Le dimos unos dólares al encargado y habló por los codos. Dijo que había llamado en casa de la señorita Moberly para preguntarle si quería que le repasaran el coche los mecánicos. Nadie respondió, pero el tipo del garaje vio la silueta de un hombre a través de los visillos. Un tipo alto, rubio, bien musculado...

—¡Preston Kodel! —chilló Goretta, excitado.

—Correcto, jefe. Por tanto, nos largaremos hacia Old Town y sorprenderemos al fulano, si se encuentra allí. En caso contrario, dejaremos la bombonera en lugar discreto. En cuanto agarren el bombón clave..., ¡bum! La casa entera saltará arrancada de sus cimientos.

—¡Pro-di-gio-so! —Babeó Goretta, entusiasmado—. ¡Y yo os he estado insultando sin ton ni son hasta hace unos momentos!

—Le disculpamos, jefe —sonrió torcidamente Grover—. Después de que Kodel le tomara el pelo, es lógico...

—¡No me lo recuerdes! En fin, sois geniales, chicos. Creed que me enorgullezco de contar con el mejor trío de especialistas de todo Chicago. Bien, pondremos en práctica mi plan.

—¿Qué plan? —preguntó, estupefacto, Grover, con la boca abierta.

—¿Cuál va a ser? El que hemos estado discurriendo hasta ahora mismo.

—Ah... —murmuró Grover—. Yo creía que el plan lo habíamos pensado Gallup, Picker y yo. Pero si usted dice otra cosa, jefe...

—¡Silencio! —saltó indignado Goretta—. Está bien; pondremos en práctica «nuestro» plan. Adelante, muchachos. Os recompensaré con cien dólares extra si regresáis triunfantes.

—De acuerdo, jefe —dijo Gallup.

—*Okay*— continuó Picker.

—*All right*— terminó Grover.

Goretta los vio recoger sus artilugios, calarse los sombreros y

salir.

Preston Kodel iba a tener muchos dolores de cabeza a partir de aquel momento.

CAPÍTULO VIII

Kodel estaba sirviéndose *whisky* en un vaso cuando regresó Andrea, pimpante y gentil, a las ocho de la noche.

Ella dejó sobre la mesita circular del *living* un brazado de periódicos y le miró fijamente.

—La has hecho buena, Preston, amor mío.

—¿Sí? —preguntó el detective, sin saber exactamente a qué se refería Andrea.

—Premio a la popularidad, querido. Todos los periódicos publican tu fotografía. Y sobre tu imagen, en grandes letras, el mismo titular:

«BUSCADO POR DOBLE ASESINATO»

Kodel apuró su *whisky* de un solo trago y se acercó a la mujer, rodeándole la cintura con un brazo.

—¿Doble asesinato? —inquirió.

—Los de Valery Westady y Jerry Colomo exactamente. Según el reportero, escapaste de las manos del teniente Pauling para matar a Colomo de un tiro. Alguien telefoneó a la policía cuando abandonabas el apartamento de ese *gígolo*, ¿entiendes? Y dio tu descripción, con pelos y señales.

—Una estupidez. Porque la bala que el forense encontrará en el cerebro de Jerry será un plomo calibre 45. Además, en el cristal de la ventana es fácilmente visible el agujero que abrió la bala.

—Es posible que más tarde se aclare tu segundo enredo, amor. Pero por ahora será mejor que no andes por ahí sin precauciones.

—Eres lista, pequeña. Entonces, ¿qué me aconsejas?

Ella le besó suavemente en los labios y se alejó hacia el dormitorio. Volvió con una pequeña maleta y un par de bolsos.

—Vamos a marcharnos de aquí, Preston.

—Pero ¿por qué? Éste es un lugar seguro, apartado... Andrea vaciló antes de responder.

—Digamos que porque tengo la premonición de que vamos a recibir una desagradable visita.

El la miró rectamente a los ojos, intentando calar en el secreto que parecía existir en ellos.

—Tú mandas. Pero ¿adónde iremos?

—Dispongo de un hotelito junto al lago, en la zona más boscosa. Nadie conoce aquel refugio, de modo que estaremos seguros allí.

Antes de salir, él la apretó con fuerza y la besó apasionadamente en los labios.

—¿Siempre besas así, Preston?

—No, amor. Sólo cuando una chiquilla se interesa tanto por mi salud como lo haces tú. Vamos.

Kodel recogió la botella de *whisky*, la colocó bajo el brazo y abandonaron el apartamiento sin preocuparse de cerrar la puerta.

Unos minutos más tarde, el
«Ford-Wild»
se alejaba de Old Town.

Exactamente quince minutos más tarde, tres hombres se detenían en la callejuela y penetraban en la casa.

Gallup, Picker y Grover registraron la vivienda de arriba abajo, sin encontrar rastro de Kodel.

—Lástima —murmuró Gallup, apenado—. No podré experimentar mis cañoncitos. Picker aspiró el perfume de su ramo de rosas con expresión triste y aseguró:

—Nada me apena más que no poder usar mi *Ukelele*. ¡Tan bien preparado, tan perfectamente camuflado...!

Era la hora de Grover, que se acercó a ellos y les palmeó las espaldas brutalmente, como solía hacerlo todo.

—Tranquilos, muchachos. Para eso está mi bombonera. Kodel no está aquí. Pero seguramente volverá. Y quizá se le ocurra probar uno de estos bombones. Pensará que los ha comprado esa mujer, Andrea Moberly, y... ¡zas!, los dos subirán a las nubes en segundos.

Con infinito cuidado, como si se tratase de una criaturita de pecho, Grover depositó la bombonera sobre la mesita redonda que había ante el diván.

Luego, los tres *gangsters* desfilaron hacia la salida y

desaparecieron al final de la calle. Media hora después, es decir, a las ocho y cuarenta y cinco de la noche, dos automóviles se desviaron hacia la callejuela y se detuvieron unos metros antes del domicilio de Andrea Moberly.

Uno de los coches era un magnífico «Cadillac» color negro. Y estaba ocupado por cinco individuos de raza china.

El otro era un viejo «Chevy» azul, lleno de bollos y refregones. De este último bajaron dos hombres de extraña apariencia.

Uno era alto, exageradamente alto, demacrado de rostro, con los ojos muy hundidos en las cuencas, lo que le confería un aspecto poco agradable.

El otro, por el contrario, era bajo y fornido y parecía rebosar la salud que, evidentemente, le faltaba al alto.

Ambos se aproximaron al «Cadillac» y se inclinaron sobre el cristal posterior.

El sonriente King

Ling-Khai

bajó el vidrio y se encaró con los dos extraños individuos:

—Supongo que habréis recibido instrucciones concretas de míster Smith. Se trata de...

—Lo sabemos —habló lúgubrementemente Korby, que era el alto—. Cazar a un sujeto que responde por Kodel y llevarlo a...

—Bien —dijo

Ling-Khai

—. Acompáñalos, Tchiu-Ky.

Tchiu-Ky era un gigante de dos metros de altura. Apenas cabían sus hombros por la ancha portezuela del «Cadillac».

Cuando Tchiu-Ky estuvo fuera,

Ling-Khai

habló suavemente a su oído:

—Abre bien los ojos, magnífico Tchiu. Regístralo todo, mueble por mueble. Tantea las paredes. Sabes lo que buscamos, ¿verdad? Vigila a Korby y a Risius, también. Ese par de pájaros desvalijarán la casa si los dejamos solos. Si Kodel está ahí dentro, redúcelo y tráelo aquí. En cuanto a esos dos... *¡fit-sung krai!* ¡Mátalos! ¡Sólo serían un estorbo!

Tchiu-Ky asintió en silencio.

Por la sencilla razón de que era mudo. En cierta ocasión, Tchiu-

Ky se había ido de la lengua, y

Ling-Khai

había acordado cortársela con un bien afilado kriss.

Tchiu hizo un expresivo gesto con su brazo, y Korby y Risius le siguieron hasta la casa. La puerta abierta les desconcertó.

Luego, Tchiu-Ky los apartó a los dos nada suavemente y penetró en la bonita vivienda de Andrea Moberly.

Korby chasqueó los labios despectivamente y le siguió, lo que obligó a Risius a hacer otro tanto, aunque el gordito no las tenía todas consigo.

Para entonces, el chino había encendido luces y estaba entregado a un silencioso y metódico registro.

Después de echar un vistazo a las habitaciones, Korby y su compañero comprendieron que allí no estaba Kodel.

Sin saber exactamente qué era lo que buscaba tan afanosamente Tchiu-Ky, los dos pillos comenzaron a abrir muebles, a tirar ropa fina al suelo y a golpear sonoramente suelos y paredes.

Quando el chino terminó su registro, regresó al *living*.

Y los otros, creyendo que todo estaba hecho, se dejaron caer exhaustos sobre el diván.

—Kodel voló —dijo Korby, con voz de ultratumba—. Sí. Debió olerse que nosotros dos íbamos a venir por él —se ufanó Risius, rascándose groseramente la nariz.

—Así que tendremos que informar al jefe...

—Espera, Korby. Escucha... Podríamos aprovechar la ocasión... Hay muchos objetos de valor aquí, ¿comprendes? Mira esa estatuilla de plata... Y ese candelabro de oro. Podríamos, ¿no?

—Calla, estúpido. Nuestra misión es más importante que todas esas fruslerías. Déjame pensar.

Apoyó las yemas de los dedos sobre la frente, en gesto reflexivo, mientras Risius acariciaba inconscientemente la caja de bombones que había sobre la mesita.

Tchiu-Ky se acercó lentamente y les observó, tras del diván.

Sus dedos índice y medio, gruesos como habanos «Churchill», se unieron adoptando una rigidez tremenda.

Estaba pensando si fracturaría primero el cráneo a Korby o a Risius.

En realidad, el gordito le era más antipático. Quizá porque

parecía un burgués, uno de aquellos puercos capitalistas.

Para entonces, Risius estaba comiendo bombones como un heliogáballo.

Hasta que tiró de aquél, envuelto en delicioso papel azulado, y una descarga de seis voltios provocó la explosión del *plastic* que Grover había colocado en el doble fondo.

La explosión fue tan violenta que en el interior de su automóvil Ling-Khai sintió que la onda expansiva agitaba brutalmente el «Cadillac», desplazándolo más de un metro de costado.

La calle se llenó de humo, polvo y ladrillos.

No, no era posible que su buen Tchiu-Ky hubiera podido aguantar la tremenda explosión sin reventar.

Apenado y dolorido,
Ling-Khai
murmuró:

—En marcha,

Pou-Yang.

La policía llegará dentro de poco. Ya nada tenemos que hacer aquí.

El «Cadillac» arrancó a gran velocidad y se perdió al otro extremo de la calle.

Muellemente recostado en el respaldo,
Ling-Khai

se preguntó si aquella explosión había sido preparada por su «estimado Smith».

Pero, no. Smith no ganaba nada asesinando a los dos pandilleros que le servían.

¿Kodel? Sin duda, el detective había querido gastar una broma a cualquiera que fuera a buscarle al domicilio de la bonita *miss* Andrea Moberly.

Ling-Khai se prometió vengar a su excelente Tchiu-Ky. A su manera.

CAPÍTULO IX

A las nueve quince de la noche, todas las cadenas de televisión interrumpieron sus programas para dar paso a la noticia.

—Una violenta explosión, cuyas causas están investigando técnicos de la policía, ha destrozado todo un edificio en la típica Old Town, hace treinta minutos. Aunque completamente destrozados, la policía ha confirmado que los cadáveres encontrados entre las ruinas corresponden a dos individuos fichados por la policía, llamados Edward Korby y Jimmie Risius. El tercer individuo, de raza china, no ha sido identificado aún. La policía teme que *miss* Andrea Moberly, famosa periodista, haya perecido también y se encuentre sepultada bajo toneladas de escombros.

Preston Kodel se incorporó del sillón que ocupaba frente al televisor y se sirvió un vaso de *whisky* hasta los bordes.

Lo tragó sin respirar y se volvió hacia Andrea, que sonreía más allá, como si tal cosa.

—Estuvimos a punto de convertimos en pedacitos, amor mío. Es prodigioso, nena. ¡Tu clarividencia nos salvó!

Modosita, ella bajó un centímetro la falda, ocultando sus morenos muslos, y respondió:

—Intuición femenina, Preston. De pronto, sentí la premonición...

—Ya —dijo él.

Y su tono estaba impregnado de incredulidad.

Pero no quiso insistir en la conversación, sino en volver a llenarse el vaso de *whisky*.

—Los sustos, con *whisky* se aguantan más a gusto —remedó cierto refrán, burlonamente.

Y de pronto, tomó su chaqueta, se la enfundó y miró a Andrea:

—¿Tienes una pistola, amor?

—Sí, Preston. Una pequeña «Walker» que dispara balas del

nueve corto.

—No te importará dejármela, ¿verdad? Tengo algo que hacer.

Ella se puso en pie y avanzó, contoneando las caderas, insinuante.

—Te la dejaré, Preston. A cambio de que me permitas acompañarte.

—¿Estás loca?

—¿Por qué, Preston? —inquirió ella, besándole en el cuello.

—No voy a respirar el aire puro de Lincoln Park precisamente, nena.

—Lo supongo. Tratas de obtener pruebas de convicción contra el verdadero asesino de la pobrecita Val Westady, ¿cierto?

—Desde luego. Pero hay algo que me apasiona más, mucho más, encanto. Para soslayar ese cargo de asesinato, me bastaría con hacerme de una buena coartada... Tú, por ejemplo. Pero hay algo más.

—¿Qué, cerebro?

—Un microfilm, una pequeña película de celuloide que vale millones. Quiero conseguirlo. Lo venderé. Al mejor cliente. Obtendré mucho dinero.

—¿Diez millones, amor?

—No lo sé exactamente. Pero he resultado perjudicado por los servicios que presté a Val Westady. Acusado de asesinato, objeto de atentados...

—Ya, cariño... ¿Y qué harías tú con tantos millones, Preston?

Kodel se tornó soñador. En realidad, ya parecía tocar con los dedos montañas de billetes grandes, crujientes, nuevecitos...

—Un yate, un avión, un *jet* imponente, para recorrer el mundo... Y un palacio, servidores, automóviles lujosos... Una villa en Acapulco.

—Despierta, pichón. Todavía no tienes ese microfilm. Además... Nunca pensé que fueras ambicioso. Me desconciertas, amor.

—¿Sí? Bien, suponte que he cambiado, que me he hartado de ver a media docena de cerdos que viven como rajás, que apalean billetes y se dan la gran vida. Y que me he contagiado de sus costumbres, ¿vale?

—¡Oh, Preston, me decepcionas! Siempre te he admirado. Cierto que se dicen cosas horribles de ti; te han llamado cínico, inmoral,

sinvergüenza, fatuo...

—Me sé muy bien la lista de epítetos que me han dedicado, nena. Y naturalmente, esas alusiones me resbalan, porque también soy un caradura...

—... Mujeriego, aventurero y burlón —completó ella—. Pues bien, a pesar de ello, yo te admiraba porque lo hacías todo por deporte, como un caballero inglés. Ahora...

—Es la dura realidad, encanto. Me he cansado de hacer el primo, de dejar pasar ante mi oportunidades excepcionales.

El trató de besarla en los labios y ella se apartó.

—¿Enfadada? Está bien, déjame esa pistola.

—Utiliza la tuya. Sé que tienes una bonita «Veretta».

—Pauling guarda algunos proyectiles disparados por mí «Veretta» en su archivo. Si tengo que defenderme, el teniente me acusaría nuevamente. En cambio, con tu pequeña «Walker»...

—Mi proposición continúa en pie, Preston. Te la dejaré, si me permites acompañarte.

—*Okay*, ven. Es posible que corra la pólvora, nena. ¿No te importa?

—Soy una periodista color limón[3], detective. Y estoy acostumbrada a las situaciones violentas —contestó ella, sonriente.

—Andando. Ignoro el motivo de tu capricho, pero no tengo más remedio que acceder.

Ella se alejó, ondulándose como una sirena. Poco después volvía al *living*, vestida de calle.

Cierto que su minifalda era una irresistible tentación.

Certísimo que el niky que vestía ponía de relieve que su busto era desafiante, agresivo, propio de una *ragazza* napolitana.

Pero Kodel solo prestó atención al bolso que Andrea estaba abriendo en aquel instante.

—Toma, tu pistolita, cariño. Estoy dispuesta. Salieron.

Ella se sentó al volante y se volvió hacia Kodel.

—¿Dirección?

—Michigan Avenue, hacia el 701. Procura aparcar en las cercanías del hotel Allerton. Y evita detenerte junto a los agentes patrulleros, nena.

Kodel se abismó en sus pensamientos enseguida.

Mientras conducía a lo largo de Randolph, ella se extrañó de la

actitud de Preston.

En anteriores ocasiones, el detective no había dejado de mirar sus piernas un solo instante, encontrándose a bordo de un coche.

E incluso había intentado propasarse muchas veces.

Sin que Andrea se hubiera opuesto, excepto esgrimiendo el temor de que ambos terminasen estampados contra la trasera de un autobús.

Kodel estaba pensando en aquel microfilm.

En su cerebro, una vertiginosa película en la que aparecían hoteles, playas exóticas, mujeres morenas, coches fastuosos, etc., destellaba velozmente.

Y de cuando en cuando, una secuencia en la que él mismo se veía en una habitación cerrada, apaleando montones de buenos billetes de Banco.

Su interés por descubrir al asesino de Val Westady había sido relegado a un rinconcito remoto de su cerebro.

Cierto que se interesaba por aquellos cinco amigos de Val, uno de los cuales, Jerry Colomo, había pasado a mejor vida.

Por supuesto, Preston no podía creer que Goretta hubiese terminado con la deliciosa *miss* Westady.

Goretta no poseía inteligencia, no era un cerebro privilegiado, en cualquier caso.

Y el hombre que había asesinado a Val demostraba ser cauto, prudente, inteligente en grandes dosis.

No había dejado una sola huella. O mejor, sí; la estela de fuerte perfume «*Wild Country*» que Preston había olfateado en el apartamento de Val.

Ahora, el detective pretendía entrevistarse con el poderoso Briam Ashduke, guapo, atlético, que ocupaba permanentemente una *suite* de ocho habitaciones en el Allerton Hotel.

Andrea encontró un hueco para aparcar a veinte metros del vestíbulo del Allerton. En recepción, nadie opuso obstáculos a que la pareja subiese a la planta dieciocho.

Ashduke debía pasarlo bomba en el hotel, porque fue una linda camarerita rubia la que les preguntó qué deseaban.

—Es fácil, monada —dijo Preston, sonriendo—. Diga a míster Ashduke que queremos charlar con él. Acerca de Val Westady.

Poco después, la curvilínea camarera les hacía pasar a un vestíbulo interior tan amplio como un cuadrilátero de boxeo.

Al fondo, sobre un rinconcito íntimo decorado con trofeos de caza, Briam Ashduke sonrió y se puso en pie.

Kodel parpadeó. Y los cortos cabellos de su nuca se erizaron.

Porque Ashduke mantenía entre sus manos un moderno y eficiente rifle «Marlin», dotado de mira telescópica.

—Acérquense —invitó el guapo millonario.

Mientras Preston estrechaba su mano, un fuerte aroma a «Wild Country» llegó hasta su olfato.

CAPÍTULO X

—¿Fue esa arma la que utilizó para asesinar a Jerry Colomo, míster Ashduke? —preguntó Kodel, tenso.

Briam le miró, desconcertado.

Y luego rompió en carcajadas, enseñando mucho su blanca y fuerte dentadura.

—Es una broma, supongo.

—Hablo en serio. Por otra parte, el hombre que asesinó a Val Westady usaba cantidades industriales de esa colonia varonil, «*Wild Country*».

Ashduke le miró en silencio. Luego hizo una seña a la camarera, que desapareció en el acto.

Había dejado de sonreír y su expresión se tornó grave.

—En primer lugar, míster Kodel, ¿quién es usted exactamente? ¿Un chantajista?

Fue ahora Kodel quien rompió en una estruendosa carcajada que, inexplicablemente, se contagió a Briam, que debía poseer un excelente buen humor.

—¿No lee los periódicos, no ve la televisión? —preguntó el detective. Ashduke se encogió de hombros.

—No tengo tiempo. Hago deporte, asisto a espectáculos, me dedico a la caza... No tengo tiempo para leer o ver la televisión.

Kodel suspiró satisfecho. Ashduke no sabía que Preston Kodel era perseguido por toda la policía de Chicago. Mejor.

—Soy detective privado, míster Ashduke.

—Ah... —dijo el millonario, como si aquello lo explicara todo—. ¿Estuvo, entonces, en el apartamento de Val?

—Desde luego. Y pude percibir el mismo perfume que usted usa. Si el detalle se suma al hecho de que usted era un asiduo acompañante de *miss* Westady, la única deducción lógica es que usted la asesinó, ignoro por qué.

Briam acababa de montar el rifle e introducía una bala tras otra en el brocal de carga.

—Su acusación es muy aventurada —dijo al fin, sonriendo.

—¿Por qué?

Briam les encañó de pronto con el rifle. Andrea se encogió en su asiento.

Kodel respingó.

—Si yo fuera el asesino de Val Westady, tendría que asesinarles, ¿no? La amenaza flotó en el ambiente.

Y por unos segundos, Preston Kodel se dijo que había sido un idiota. Y que jamás lograría encontrar el dichoso microfilm si Briam Ashduke se ponía a disparar el potente «Marlin».

De pronto, Ashduke rompió en una alegre carcajada y tiró el rifle sobre un diván próximo.

—Pero como no soy un asesino, prefiero invitarles a una copa de jerez. ¿De acuerdo? Kodel y Andrea Moberly desalojaron de aire sus pulmones con un suspiro de alivio.

La jovialidad de Briam Ashduke era contagiosa, burbujeante como una copa de buen champaña.

—Reconozco que visité el apartamento de *miss* Westady —dijo mientras servía jerez en tres caras copas de cristal tallado a mano—. Pero Val estaba ya muerta.

Kodel bebió un sorbo de jerez y chasqueó la lengua, satisfecho.

—Es usted muy amable, míster Ashduke.

—Llámenme Briam, como mis amigos. Decía usted, Kodel...

—Estaba pensando si no le importaría explicarme el motivo de su visita. Briam dudó brevemente:

Y se decidió a hablar:

—Conocí a Val hace algunos meses, en un lugar llamado Second Paradise. Después la acompañé muchas veces. Val era simpática, bella, sin limitaciones. Sin embargo... —Hizo una breve pausa y prosiguió—: Val ha muerto y me gusta ser galante con las damas, Kodel. Pero su proceder para conmigo no fue muy... correcto.

—Explíquese, por favor.

—Alguien nos hizo unas fotos íntimas en ese tugurio... Discúlpeme, señorita Moberly, pero debo ser claro. En esas fotografías, Val y yo aparecíamos como... Eva y Adán, ¿comprenden? Pues bien, ella no pareció muy sorprendida. E

incluso, con sus gritos y manotazos, me impidió agarrar al tipo que disparó su *flash*, deslizándose en el interior de nuestra habitación.

—¿Qué ocurrió después?

—Hablé con ese *gángster*, Teo Goretta. Me dijo que no sabía nada del asunto y que su conciencia estaba limpia como la nieve. Algunos días después recibí un sobre. Contenía algunas fotos pornográficas, en las que aparecíamos Val y yo como protagonistas. Y una nota mecanografiada en la que me avisaban que me costaría diez mil dólares obtener los clisés correspondientes.

Según siguió contando Ashduke, le amenazaban con publicar aquellas fotografías en una revista frívola de gran divulgación, si no abonaba aquella cantidad.

—Por otra parte, no sería yo directamente quien entregara aquel dinero. Debía ser la propia Val, que se entrevistaría con un individuo en la esquina de Madison con Orleáns Saint. Asqueado, y tratando de evitar la desagradable publicidad, entregué diez mil dólares a Val para que realizara la gestión.

—Y obtuvo los clisés, supongo.

—No. Val se negó a entregármelos. Adujo que ella era la más perjudicada por aquellas fotografías. Y sin embargo, se negó a destruir el film, como yo le pedí... Sólo después, pude comprender que se trataba de un complot, en el que Val había sido principal figura, destinado a continuar exprimiéndome por tiempo indefinido.

—¿Se plegó a las exigencias de Val?

—No tuve más remedio que entregarle dos mil dólares más. Por supuesto, dejé de acompañarla y le cerré la puerta de mi *suite*. Sin embargo...

Briam Ashduke no se sentía tranquilo pensando que aquellas fotos podrían ser empleadas un día u otro en pulverizar su prestigio.

—El sábado llamé a Val y le dije que estaba dispuesto a olvidarlo todo y recomenzar lo nuestro. Accedió encantada y me citó para las diez.

Briam había llegado a las diez menos diez. La puerta del apartamento de Val Westady se abrió antes de que él introdujese el llavín que la frívola Val le había facilitado.

El *living* estaba cubierto de botellas y vasos, y Val yacía, muerta, sobre la alfombra.

—Me sobrepuse a la impresión y busqué aprisa en los muebles,

en el dormitorio. Finalmente abrí su bolso, en la biblioteca, y encontré el rollo de celuloide. Lo guardé y abandoné aquel lugar.

—Escuche, Briam —dijo amablemente el detective—. ¿No tendría inconveniente en dejarme ver esos clisés?

—Por supuesto que no. En realidad, debía haberlos destruido ya. Desapareció por la puerta del fondo y volvió poco después.

Kodel comprobó que el clisé era de tamaño normal.

Y efectivamente, las figuras de Briam y Val aparecían en... Bueno, sin ninguna vestimenta.

Andrea apartó su mirada modosamente, mientras Kodel examinaba el film al trasluz.

—Lo destruiré ahora mismo —dijo Briam cuando Kodel se lo devolvió—. En realidad, este pedacito de celuloide me ha salido más caro que un automóvil Fórmula 1.

Lo quemó en el cenicero, ante las miradas de Kodel y *miss* Moberly.

—¿No sabe nada acerca de un pequeño microfilm, Briam? ¿No tropezó con él en su búsqueda por el apartamento de Val?

—No. Sin embargo, el sábado, hacia las doce del mediodía, recibí la visita de Jerry Colomo. Parecía muy interesado en encontrar un microfilm. Estuvo haciéndome docenas de preguntas. Hasta que me cansé y lo despedí.

Kodel comprendió que nada más de importancia obtendría de las revelaciones de Briam Ashduke.

Por tanto, terminó su jerez y se despidió sonriente de Briam.

—Gracias por todo. Es posible que volvamos a vernos; su jerez es excelente, Briam. El millonario les acompañó hasta el vestíbulo, sonriendo con magnífico humor.

—Una última pregunta, Briam: ¿ha oído usted hablar de Richard Blase?

—¿Blase? ¡Ah, sí, ese engreído y flemático inglés!

—¿Qué puede contarme acerca de él?

—Se que cortejaba a Val Westady, si hablando de ella se puede emplear la palabra cortejar. Blase llegó hace dos meses de Inglaterra, ¿sabe? En el fondo, me pareció un bribón, ansioso por prosperar. Le he visto codearse con gente muy distinta, desde agentes del Gobierno hasta hampones como Teo Goretta, el dueño del Second Paradise.

Palmeó la espalda de Kodel campechanamente, y aseguró, mitad en broma, mitad en serio:

—En realidad, no me extrañaría que Blase fuera un espía.

—¿Qué le hace suponer tal cosa?

—Su conducta. Su aspecto reservado y huraño. Blase posee un *bungalow* en las proximidades de Baha'I

House of Worship, entre Sheridan Road y Linden Avenue. Recibe a gente extraña y permanece conferenciando con sus visitas hasta te madrugada, según dijo la propia Val.

CAPÍTULO XI

—¿Regresamos a casa, Preston? —preguntó Andrea, mirando al hombre con aquellos ojos luminosos que invitaban a besarlos.

—Oh, no, pequeña. Todavía tenemos que hacer muchas cosas esta noche. De momento, puedes poner proa a

Baha'I

House of Worship. Quiero entrevistarme con...

—Richard Blase, súbdito de su graciosa Majestad. ¿Por qué te interesa Blase? —preguntó ella, con una pizca de curiosidad.

—Querida, poseo una lista de cinco hombres que estuvieron estrechamente ligados a Valery Westady...

—Anota uno más: tú mismo mantuviste «relaciones» con ella. —Andrea había recalcado a propósito la palabra relaciones.

—Cierto. —Preston adoptó una expresión soñadora, con lo que su compañera se mordió los labios de rabia—. Pero sé que yo no la maté. Además, me interesa el microfilm más que ninguna otra cosa.

—¿Matarías por tenerlo en tu poder, Preston?

—Es posible. El gatillo de una pistola es fácil de apretar..., aunque yo siempre permito que mis enemigos tomen la iniciativa.

—Ya... —La amargura latía en el acento de la mujer—. Resumiendo: en potencia, eres un asesino.

El la miró de reojo. Y una sonrisa burlona bailaba en sus labios.

—Querida, vivimos en un mundo de lobos, donde todos muerden según la potencia y tamaño de sus colmillos. Los míos son firmes y sabré emplearlos en mi provecho.

Después de esto, ella permaneció tercamente silenciosa.

El viaje hasta

Baha'I

House of Worship se tomó, por tanto, más largo y monótono.

Al fin alcanzaron la zona de los jardines y Andrea frenó el coche ante un bonito *bungalow* rodeado de mimosas, en cuyo buzón de

correos podía leerse:

«Richard Blase»

Bajaron, empujaron la sencilla cancela de hierro y caminaron hasta la casa. Todo estaba silencioso y en sombras.

Kodel tanteó la pistolita «Walker» en el bolsillo de su americana y se acercó a la graciosa veranda de ladrillo rojo.

Nadie contestó a sus largos timbrazos.

Rodearon el bajo edificio y llegaron a la parte posterior. La puerta de la cocina cedió al primer empujón.

—No enciendas la luz, Preston. Tengo una linterna en el bolso.

—Previsora mujercita —alabó Preston, avanzando unos pasos en la casa. Y se quedó cortado de repente.

Porque acababa de golpear con su zapato un gran bulto tendido en el suelo. Era un cadáver.

Andrea lanzó un grito cuando el chorro luminoso de su linterna iluminó las horribles facciones verdosas del cadáver.

—He aquí algo que me huele terriblemente mal... —dijo el detective, inclinándose sobre el hombre, a tiempo que se tapaba la nariz con un pañuelo.

Un hedor intolerable flotaba en el ambiente.

Kodel registró las ropas vulgares que había llevado aquel individuo y volvió a incorporarse.

—¿Quién es? —preguntó ella.

—Trobey, un matón profesional que se alquila a cualquiera que le pague bien. Tiene tres balazos en el pecho.

Cerraron la puerta de la cocina, donde una pila de platos sucios testimoniaba que los servicios no se habían utilizado en varios días.

El hotelito constaba de dos dormitorios, un gran *living* con muebles vulgares y un pequeño vestíbulo adornado con bonitas plantas artificiales.

El dormitorio más amplio, que indudablemente había utilizado Richard Blase, aparecía desordenado y varios muebles tumbados.

Kodel registró todo atentamente, sin encontrar rastro de lo que le interesaba. En el segundo dormitorio, las piernas de un hombre asomaban bajo el lecho. El detective tiró de los tobillos y una tufarada terrible le revolvió el estómago. El segundo cadáver aparecía también en avanzado estado de descomposición.

—Se trata de Lon Ercy, un pandillero. Trobey y él formaban una destacada pareja de asesinos. Han encontrado la muerte que merecían, cariño, pero mi estómago se está resintiendo.

Tuvo que salir corriendo hasta el baño, con el fin de evacuar rápidamente su estómago.

Y destapó el *water* con explicable urgencia.

Un feo rostro picado de viruelas, nariz ancha y ojos vidriosos emergía sobre el borde de la bañera rosada, como si le estuviera haciendo señas.

Preston Kodel maldijo al tipo que había ido repartiendo cadáveres por la casa y vomitó lo poco que aún quedaba en su estómago.

El tipo de la bañera estaba flotando en el agua, que se había tomado oscura y pestilente a su contacto.

Andrea llegó en ese momento, preguntando solícita:

—¿Todo va bien, Preston?

—Perfecto... para arrojar hasta la primera leche materna que deglutí —contestó con brusquedad, al comprobar que ella no parecía demasiado impresionada por aquellos macabros hallazgos.

Kodel no pudo identificar el cadáver que flotaba en el baño. Pero tampoco le interesaba demasiado.

—Sólo faltaba... que encontrásemos un nuevo cadáver en la piscina, encanto. Es el único lugar que nos falta por registrar.

Salieron por la puerta de la cocina.

En efecto, según dijera Kodel, había una bonita piscina a la derecha de la fachada. Y también varias herramientas de preparar cemento y residuos de este material.

La superficie estaba cubierta de hojas secas, lo que impedía que el chorro de la linterna iluminase el fondo.

—Creo que no lograremos nada así, Preston. Será mejor que abandonemos este lugar.

Si la policía nos sorprendiera aquí... Bueno, nos veríamos en dificultades.

El la miró de extraña forma. Luego se encaminó a la caseta de plástico ondulado que se alzaba en un extremo de la piscina.

Se desnudó aprisa, vistiéndose un pantalón tahitiano de baño que halló en la caseta.

—Un baño no me sentará mal —murmuró al acercarse al borde

de la piscina. No hizo caso de la mirada atónita de Andrea y se zambulló de un perfecto salto.

No podía distinguir muy bien los contornos del fondo de la piscina, pero nadó buceando de un extremo a otro, haciendo pie de cuando en cuando.

No encontró nada en los primeros momentos.

No se desanimó, sin embargo, y reemprendió su tarea.

—Dirige el chorro de la linterna hacia este ángulo —pidió a la mujer—. Y acerca el foco a la superficie del agua.

Volvió a sumergirse, expeliendo el aire por la boca para bajar más aprisa. Y entonces su pierna derecha resbaló sobre aquel resalte.

Se giró en el agua y tocó el escalón con las manos.

En realidad, estaba construido de forma burda, sin retocar ni lucir, como si aquella tarea se hubiera realizado con urgencia.

Dos talonazos le llevaron a la superficie.

—¿Qué? —murmuró Andrea, expectante.

—Aguarda —dijo él.

Y anduvo al borde de la piscina, llegó junto a la barra que accionaba la compuerta de desagüe y tiró con fuerza.

Al momento, un gorgoteo profundo anunció que el agua estaba saliendo por el desagüe inferior.

Poco a poco, la superficie de la piscina fue descendiendo, revelando los contornos del fondo.

Y al fin, en el lugar más profundo, apareció aquel resalte de dos metros de largo por uno de ancho.

—Parece... parece una tumba —murmuró Andrea, con voz trémula.

—Lo es —afirmó él.

—¿Cómo pudiste sospecharlo, Preston?

—¿Qué ves junto al borde de la piscina? Una pala, un rodo, algunos ladrillos partidos y restos de cemento fraguado. Eso me hizo sospechar, amor.

Andrea admiró su atlética y ágil silueta, mientras él se alejaba hacia el otro extremo de la piscina.

Preston tomó el rodo, bajó por la escalerilla al fondo de la piscina y se acercó a la extraña arqueta de mampostería.

Se lió a golpes con admirable eficacia.

Los ladrillos se hundían con facilidad, y pronto toda la tapa estuvo levantada a limpio golpe de herramienta.

—¡Richard Blase! —exclamó la mujer, cuando el haz de la linterna iluminó el cadáver que ocupaba la arqueta.

—Sí —murmuró el detective, pensativo—. Debió recibir la visita de media docena de pandilleros, tal vez más. Blase era hábil y logró matar a tres de ellos. Finalmente, debieron reducirlo. Y decidieron asesinarlo y enterrarlo aquí para que nadie encontrase su cadáver.

—¿Por qué, Preston? Hay tres cadáveres ahí dentro y nadie se preocupó de ocultarlos.

¿Por qué entonces tantas precauciones en el caso de Blase?

Kodel no respondió.

Parecía muy atareado desnudando por completo el cadáver del inglés.

Ella apartó la mirada del desnudo cadáver y esperó a que el detective se reuniera con ella.

—Blase debió sufrir una muerte horrorosa, encanto. He buscado inútilmente un agujero de bala, una herida de cuchillo. Por lo que deduzco que debieron golpearle, dejarle sin sentido y luego... ¡le enterraron vivo!

Andrea permaneció en silencio, aterrada.

—Vaciaron la piscina —siguió Kodel— y construyeron esa arqueta con ladrillos y cemento rápido. Introdujeron el cuerpo de Blase, cerraron su tumba e inundaron de agua la piscina. El cemento rápido fragua y se endurece casi instantáneamente. Si recobró el conocimiento antes de morir, la suya debió ser una agonía estremecedora.

—Sí, debió sufrir alucinantemente. Pero todavía no comprendo por qué lo enterraron ahí.

—Hay muchas preguntas sin respuesta. Sin embargo, puedo esbozar una hipótesis. Blase llegó a este país, llevando consigo un secreto que valía mucho dinero. Trató de venderlo y se encontró con demasiados compradores, según pienso. Quizá Val Westady le robó ese microfilm, tal vez Blase se lo entregó para que ella lo negociara. En cualquier caso, Blase debió convertirse en un estorbo para mucha gente en cuanto dejó de poseer el microfilm. Pero alguien pensó que si Blase desaparecía sin dejar huella, podrían atribuirse a él muchas cosas, en caso de que fallase la primera

cabeza de turco, es decir, yo mismo.

Andrea no parecía muy convencida. Y Kodel insistió:

—Si Pauling, por ejemplo, llega aquí y descubre tres cadáveres solamente, pensaría que Blase los liquidó y se largó. De todas formas, querida, quedan muchas cosas que aclarar. Por ejemplo, tu exclamación al descubrir el cadáver de Blase. Quiero saber por qué gritaste su nombre, Andrea. No es lógico que conocieses a un tipo que se mantenía encerrado en su casa casi todo el día. Sí, es preciso aclarar muchas cosas.

CAPÍTULO XII

Ella pestañeó, levemente desconcertada.

—¡Contesta! —insistió Kodel, expectante—. Es muy sospechosa tu conducta, Andrea, gatita. Sabías que alguien iba a visitarnos en tu casa de Old Town, conocías a Blase... Me estás resultando una chica excesivamente despierta. ¿No estarás tratando de barrer para ti misma? Pusiste mucho interés en acompañarme esta noche, tesoro.

Los ojos de la bella mujer brillaron, humedecidos. Sin embargo, su fina barbilla se alzó desafiante:

—Eres injusto, Preston. Nos conocemos desde hace algún tiempo, ¿no? Tú mismo has dicho a menudo que soy discreta, amable y fiel. ¿Por qué dudar ahora de mí?

El se sintió confuso por la limpia mirada de los luminosos ojos azules.

—Espera. Iré a vestirme o pillaré una pulmonía. Volvió poco después y la tomó del brazo.

—Vamos. Nada hay que hacer aquí. Subieron al coche en silencio.

Allí, Preston se inclinó hacia ella y la besó fugazmente en los labios, aprovechando que Andrea estaba girando la llave de contacto en el panel.

—Sigue pareciéndome sospechosa tu actitud, cariño. Pero no te haré preguntas, porque tienes razón; siempre me has prestado tu ayuda de forma incondicional. No, no sería correcto dudar de ti, Andy.

Preston la llamaba así cuando se sentía particularmente cariñoso.

Andy le miró de reojo, frunció los labios con reproche y, finalmente, sonrió.

—Debería abandonarte en cualquier *snack*, pesquisa, y no

ocuparme más de ti en el resto de mis días. Pero no puedo, sinvergüenza. Me atraes demasiado.

Kodel le acarició la mejilla suavemente.

Luego, Andrea comenzó a hablar en un susurro:

—Antes de volver a casa me pasé por el garaje. El encargado me dijo que unos tipos con aspecto de *gangsters* habían estado viendo tu «Marzal» y haciéndole preguntas sobre mí. Me pidió perdón por cometer la imprudencia de informarles que había visto a un hombre en mi casa. En cuanto a Richard Blase, te lo explicaré más adelante.

Kodel estaba ya dispuesto a creerlo todo, después de escuchar a la bella Andy. Y no pudo evitar la tentación de abrazarla con fuerza y besarla sabiamente en los labios.

—Ahora, pitando en dirección hacia la ciudad. Frena ante la primera cabina telefónica que encuentres —rogó el detective.

Eran las once de la noche cuando Preston bajó del «Ford-Wild»

y entró en una cabina telefónica de Sheridan Road.

Marcó el teléfono de la Sección de Homicidios y pidió comunicación con el teniente Amos Pauling.

—Pauling al habla.

—Kodel al otro extremo del hilo, teniente.

—¡Espere, no se mueva de ahí! —gritó el policía tan agudamente, que el oído derecho del detective zumbó como una sirena.

—No pienso moverme hasta que termine de hablar. No sea terco, Pauling. Aunque sus hombres se den mucha prisa, no llegarán a tiempo de arrestarme. Deje de portarse como un policía puntilloso de pueblo y escúcheme con atención.

—¡Le agarraré, maldito! ¡Tengo que...!

—¡Silencio! Envíe a sus hombres al hotelito situado en la avenida principal de

Haba'I

House of Worship. Dentro encontrará tres cadáveres. No, no los he asesinado yo, pelicularo. Huelen mal, ¿comprende? En la piscina hay otro cadáver. Corresponde a un inglés llamado Richard Blase.

—¿Qué relación tiene usted con ese hallazgo, Kodel? ¿Qué ha hecho desde que escapó de Kinzie? ¿Por qué me ha llamado ahora?

Kodel rió sin disimulos.

—No trate de distraerme con preguntas simultáneas, Pauling. Cortaré la comunicación cuando me apetezca y usted se quedará con un palmo de narices. Sin embargo, le he llamado para que comprenda mi buena voluntad. Y para que le entre de una vez en su dura cabezota que yo no asesiné a Val Westady, ni por supuesto a Colomo.

—¿Cómo se atreve a insultarme, Kodel? ¡Le atraparé, le haré caminar hasta la silla!

—Pedazo de adoquín... Pauling, merecería ser usted irlandés, a juzgar por su romo entendimiento.

—¡Soy descendiente de irlandeses, en efecto! ¡Y lograré...!

—*Au revoir*, mi despistado Pauling. Quizá le llame en otra ocasión.

—¡Espere, no se mar...!

Preston colgó y salió de la cabina, íntimamente regocijado.

Andy le vio sonreír cínicamente, al tiempo de dejarse caer sobre el asiento.

—Celebro verte sonreír, sabueso. Me impresionas cuando tu expresión se vuelve terriblemente severa, como en la piscina —dijo ella.

—Está bien, procuraré borrar esa impresión —contestó el detective.

Y besó con glotonería los rojos labios de Andy, con idéntica fruición que si estuviese dándose un atracón de fresas maduras.

—Mmmm... —susurró la hembra, complacida.

Y cuando Preston le permitió respirar y recomponer su aspecto, preguntó:

—¿Alguna nueva etapa en nuestro itinerario, cínico Kodel?

—Sí, tesoro. Quiero hacer escala en Kinzie. Miraré si el apartamento está vigilado. En caso negativo, me gustaría registrar con detenimiento mueble por mueble, rincón por rincón. Tal vez encuentre lo que busco.

—¿El microfilm?

—¿Qué otra cosa podría interesarme hasta el extremo de desafiar mi habitual buena suerte? He hablado con Pauling, he denunciado nuestro cuádruple y macabro hallazgo en el *bungalow* de Blase. Supongo que eso será suficiente para distraer a ese obtuso policía.

—Juegas con la ley, desafías el peligro... Creo, Preston, que tú mismo te meterás en la cueva del lobo.

—¿Tú crees? En cualquier caso, si triunfo, se trata de una recompensa de millones de dólares. ¿Puedes imaginarte quién podrá igualarse entonces a un tipo llamado Preston Kodel?

—Es cierto que eres un fatuo, un inmoral, un cínico, un tipo duro, agresivo, sin escrúpulos... Pero me gustas, a pesar de todo.

—Entonces..., rumbo a Kinzie, gatita.

No volvieron a hablar hasta encontrarse a la altura del 201 de Kinzie Saint. En la calle, nada vieron que guardara parecido con un coche policíaco.

—La puerta del apartamento estará sellada y cerrada, Preston. ¿Cómo piensas entrar?

—¡Al cuerno los precintos de la policía! Los romperé y en paz. Y no preguntes a un privado cómo puede abrir una puerta. Por otra parte, no me hará falta emplear mi juego de ganzúas; poseo una llave.

—¿Tú también? —preguntó Andy, indignada—. ¿Cuántas llaves de su apartamento poseía esa fresca de Val Westady?

—Creo que tenía un cerrajero a su servicio, para obtener un centenar de duplicados a la semana —se burló el detective.

—En serio, Preston. Creo que será mejor que suba yo en primer lugar. Si el camino está libre, entraré y encenderé la luz tres veces. Podrás verlo desde el interior del coche.

¿Cierto?

—Muy cierto, amor. Está bien, toma la llave. Sube. Y ten cuidado, gatita. Cinco minutos después, una luz destellaba tres veces en la planta, once. Kodel bajó del vehículo, atravesó la calle y subió en el ascensor.

Andy le esperaba tras de la puerta. Las luces estaban apagadas y ella le guió vestíbulo adelante, tomándole de la mano, mientras apuntaba al suelo el chorro de su linterna.

Según pudo observar Kodel, el *living* había sido ordenado y la alfombra aparecía limpia.

Sin prisas, con paciencia infinita, el detective se dedicó a registrar metódicamente el apartamento.

Habitación por habitación, todo fue inspeccionado exhaustivamente: muebles, cama, baño, terraza, macetas, lámparas,

cocina...

—Nada —murmuró íntimamente disgustado, volviendo al *living*.

Entonces, su mirada voló a la biblioteca. Allí estaba el bolso de Val, en uno de los huecos.

Lo tomó, vació su contenido por la mesita y no se permitió descansar hasta que hubo despanzurrado el último lápiz de labios.

Con una paciencia que Andy desconocía en el cínico Kodel, éste devolvió el bolso a su sitio, y tomando una silla, fue extrayendo todos los tomos de la biblioteca, examinándolos uno por uno.

También este registro resultó infructuoso.

Finalmente, cuando ya se disponía a descender, sus ojos descubrieron el tomo que viera en el suelo la noche anterior.

Era una novela policíaca, titulada *El asesino en la puerta*.

Extraño. Alguien —que debió ser la misma Val— había intercalado a lápiz la palabra *golden* (dorada) en la portada.

De forma que así, el título quedaba convertido en *El asesino en la puerta dorada*.

—Puerta dorada —murmuró desconcertado el detective. Andy permanecía tras él, intrigada.

—Escucha, nena... Puerta dorada... ¿Suena extrañamente familiar, verdad?

Ella titubeó unos instantes. Y luego:

—Es cierto... ¡Claro! Es el nombre de un lujoso edificio situado en las proximidades de Marina City.

—¡Eso es! Creo... creo que Val Westady quiso decirnos algo introduciendo esa modificación en el título de la novela que estaba leyendo cuando la asesinaron.

Completamente embebido en sus pensamientos, Preston hojeó el libro. Y se detuvo en el lugar en que el pico de una hoja aparecía doblado.

Su rostro de facciones cónicas y atractivas se puso rígido al comprenderlo todo. Súbitamente, volvió a la biblioteca, dejó el libro y se encaró con Andy.

—Vámonos. He de hablar con Pauling. Urgentemente.

—¡Espera! Llevamos aquí una hora... ¿A qué esa prisa? Kodel no sonreía cuando afirmó:

—Acabo de conocer el nombre de la persona que asesinó a Val Westady. Y espero descubrir muchas cosas interesantes esta noche.

CAPÍTULO XIII

Doce de la medianoche.

El

«Ford-Wild»

que conducía Andy Moberly cruzó las ya descongestionadas arterias de la Ciudad de los Vientos[4] a buena velocidad.

El automóvil atravesó la ciudad de Este a Oeste y alcanzó el Arlington Park.

Y al fin se detuvo ante la brillante fachada que exhibía un rótulo luminoso con las palabras Scruzie Bowling-Saloon.

Las instalaciones de la bolera estaban magníficamente montadas.

Gritos, exclamaciones y rumor de conversaciones llegaban desde la enorme pista en que dos docenas de desocupados se entretenían en lanzar bolos.

Sin embargo, a Preston Kodel le interesaba charlar con un individuo de fuerte complexión y acusados y duros rasgos faciales que se movía con pesadez tras la barra del *snack* anexo a la bolera.

Budd Scruzie tenía una larga historia que contar.

Kodel sabía que Scruzie había vivido los años treinta, que había conocido a Capone en persona y que incluso había trabajado para el poderoso y casi legendario jefe de *gang* de Chicago.

Después, cuando los agentes federales iniciaron su temible ofensiva contra el *gangsterismo* americano, Scruzie, sensatamente, había abandonado su peligrosa carrera y se había dedicado al boxeo.

Su físico le permitió alcanzar cierta nombradla, si bien jamás llegó a convertirse en estrella del *ring*.

Scruzie había rodado de un cuadrilátero a otro, hasta terminar como simple telonero.

Luego se volvió tan lento y pesado, que sólo le quedó el recurso

de dedicarse al *catch*.

La lucha libre le produjo algunas pequeñas ganancias, que el luchador invirtió en adquirir un solar en los alrededores de Arlington Park.

Scruzie había sabido retirarse antes de terminar con la columna vertebral seriamente lesionada o con el cerebro convertido en un huevo podrido.

Con habilidad y constancia, Scruzie prosperó, construyó un gimnasio, que posteriormente evolucionó a bar, cafetería y, finalmente, se amplió con una moderna bolera.

En la actualidad, Scruzie vivía desahogadamente, si bien recordaba con nostalgia los tiempos en que se habían codeado con el famoso Capone.

Además, Scruzie era un auténtico archivo policíaco humano.

No había hampón, pandillero, matón o *gángster* que él no conociera.

Preston Kodel le conocía de muchos años atrás. Entre otras cosas, porque antes de obtener la licencia de privado, había trabajado junto a Scruzie como gorila encargado de mantener el orden.

Ambos simpatizaban, de forma que Kodel esperaba obtener la información que deseaba del *exgángster*, *exboxeador*, *excatcher* y actual propietario de un floreciente negocio.

Llevando a su compañera de la mano, el detective encontró un hueco en la barra y repiqueteó los dedos en dirección a Scruzie, que le reconoció en el acto y se acercó a ellos:

—¡Kodel! ¿Cómo estás, muchacho? Veo que vienes bien acompañado. ¿Tu novia?

—Si no lo es, será porque ella no quiere, Budd... ¿Todo va bien?

—Mejor. Cada semana ingreso un par de miles en el Banco. A este paso me convertiré en un asqueroso capitalista. ¿Tu visita se debe a algún motivo especial?

—Gran psicólogo, Budd. Pero antes de que hablemos, tráenos unos bocadillos con abundante cerveza. Nuestros estómagos reclaman a gritos un *tentempié*.

Budd se movió aprisa y poco después ponía ante ellos una bandeja con pollo fiambre, ensalada y algunos bocadillos de queso, amén de dos grandes jarras de cerveza.

Aguardó pacientemente a que el detective y la periodista despacharan su tardía cena, y sólo cuando Preston le ofreció un «Rich Fellah», se atrevió a preguntar:

—¿Qué es ello, Preston? ¿Necesitas dinero, cobijo...?

—¿Has visto la tele, eh? —retrucó el detective—. Bien, entonces estoy seguro de que no te negarás a ayudarme. No es dinero ni cobijo lo que necesito.

—Cuenta conmigo para lo que sea, Preston. Te escucho. Kodel bajó la voz.

—¿Recuerdas a Lon Ercy, Mum Trobey y otro individuo muy feo, con el rostro picado de viruelas? Los he visto aquí, jugando a los bolos en un par de ocasiones.

—Sí, vienen con frecuencia. Aunque hace algunos días que no...

—No volverás a verlos nunca, Budd. Están muertos. Me interesa saber quién los contrató.

—Veré de ayudarte. Espera.

Budd Scruzie abandonó la barra y se encaró con dos individuos que despachaban su cena en una mesa cercana a las pistas.

Habló con ellos durante unos minutos y luego volvió junto a Kodel y Andy. Con una expresión infantilmente reservada, susurró:

—Ercy, Trobey y Calloun recibieron la visita de un hombre de unos treinta a treinta y cinco años el miércoles pasado. La conferencia tuvo lugar aquí mismo. Trobey y sus compañeros gozaban de un excelente humor cuando el caballero se marchó y no se recataron en enseñar puñados de buenos dólares a todo el mundo.

—¿Cómo era el hombre que les dio el dinero, Budd? ¿Sabes su nombre?

—No, no lo sé. El tipo que me ha informado lo ha descrito como bien parecido, elegante, moreno, alto... Un caballero.

—¿Algún detalle más, Budd?

—Lo siento, amigo. No hay más. Excepto que esos tres agarraron una fenomenal curda ese día y ya no aparecieron más por aquí.

—Gracias, Budd. Eres un gran amigo.

Kodel dejó unos billetes sobre la mesa. Pero Scruzie le tomó por un brazo antes de que pudiera separarse de la barra y se los metió al detective en el bolsillo superior de su americana oscura.

—Regalo de la casa. Adiós, amigos. Ya sabes que Scruzie

siempre está dispuesto a atender a un amigo como Preston Kodel.

Mientras caminaban hacia la salida, Andy le tomó repentinamente por el brazo.

—¿Estás pensando lo mismo que yo, Preston? La descripción del hombre que contrató a los tres pandilleros podría coincidir con la de...

—... Briam Ashduke, es cierto —dijo él—. Pero igualmente puede coincidir con millares de individuos morenos, guapos y elegantemente vestidos, nena.

Ella no pareció muy convencida. Y de repente preguntó:

—¿Por qué no has querido decirme el nombre del asesino de Val, Preston? ¿Ni me has permitido asistir a tu conferencia telefónica con el teniente Pauling?

Kodel sonrió de extraña forma y replicó:

—Supongamos que no quiero correr el riesgo de equivocarme hasta que haya realizado algunas comprobaciones. En cuanto a mi llamada a Pauling..., las palabras que solemos cambiar no son aptas para los castos oídos de una dama.

Ella agradeció el requiebro con una leve inclinación de cabeza. Pero acercándose al automóvil, interpuso:

—Tu explicación no es muy convincente, Preston. Sabes de sobras que he escuchado palabras gordas sin inmutarme. Me estás ocultando algo, tú sabrás por qué...

¿Desconfianza?

El no contestó hasta que se hubo acomodado en su asiento.

—Quizá, bonita. En las últimas horas, mi cerebro se ha visto asaltado por multitud de pensamientos a cuál más diverso. Muchos personajes han desfilado ante mí, he analizado conductas... Entre ellas, la tuya, querida.

—¿Sí...? ¿Y bien? —El tono de ella era indeciso, vago, como si aguardara algo revelador.

—He recordado tus frecuentes viajes, Andy. Cuba, Panamá, Sudamérica... Países agitados por revoluciones, lugares donde se fraguan complots políticos, atentados...

—Tonterías, Preston. Trabajo para un periódico, ¿no? Y tengo fama de ser la mejor reportera de Chicago, ¿cierto? Mi director se empeña en enviarme a los lugares más peligrosos. ¿Puedo negarme?

El continuaba sonriendo de forma enigmática.

—Podrías engañar a cualquiera, amor, pero no a mí. Usas armas de fuego, sabes luchar, permaneces tan tranquila ante la visión de un repugnante cadáver corrompido. Todo eso...

—Cuestión de estómago, simplemente. Créelo, Preston. Es inútil que dirijas tus sospechas hacia mí. ¿Adónde nos enrubamos, tesoro?

Ella no quería continuar hablando, estaba claro.

—Está bien, toma Roosevelt Road. Vamos hacia Marina City.

Ella estaba arrancando ya, cuando de improviso Kodel la agarró por el brazo y gritó:

—¡Espera, espera...!

Budd Scruzie trotaba hacia ellos a toda la velocidad que podían desarrollar sus musculosas piernas, que no era mucha en verdad.

—Esperad... —hizo una pausa para tranquilizar su respiración y dijo—: Creo que te interesará saberlo, Preston. Acabo de saber que ese caballero moreno que contrató a Trobey y los otros, vino esta tarde a la bolera. Estuvo hablando con tres matones, William Kaly, O'Hara

y un tal Lacho Mendoza. Abandonaron juntos la bolera y desaparecieron en un flamante «Impala».

—Agradecido, Budd. Creo que tu información es importante. Andy arrancó a gran velocidad hasta alcanzar Roosevelt Road.

Detrás de ellos marchaba un gran «Lincoln», a bordo del cual viajaban Teo Goretta, y sus guardaespaldas, Gallup, Grover y Picker.

En el asiento delantero, Goretta descolgó el radioteléfono y comenzó a hablar:

—Acaban de tomar Roosevelt, míster Smith. Ignoro hacia dónde se dirigen. ¿Cuáles son sus órdenes?

—Continúen siguiéndolos, sin perderlos de vista. Comuníqueme conmigo si cambian de dirección.

—Seguro, míster Smith.

Goretta colgó el teléfono en el panel y sus ojillos se entornaron con intenso odio, mientras seguía la marcha del

«Ford-Wild»,

que rodaba a cincuenta metros pista adelante.

Grover conducía con las mandíbulas apretadas, pisando el acelerador a fondo. Y Gallup y Picker se sentaban atrás, mirando

ansiosamente hacia adelante.

Picker había tirado las rosas que camuflaban su metralleta, aprisionada con fuerza entre sus manos nerviosas.

Gallup había desmontado sus «cañoncitos» de los antebrazos. Sus cortos revólveres descansaban ahora en las dos fundas sobaqueras, esperando la ocasión de vomitar plomo contra el odioso Preston Kodel, que se había burlado de ellos por dos veces.

Ajenos a la persecución, Preston y su compañera llegaron a la confluencia de Roosevelt con Clark Street.

En aquel instante, Andy clavó su pie derecho en el pedal del freno y los neumáticos chirriaron estridentemente.

Un brillante «Cadillac» acababa de aparecer por la derecha, en Clark St.

Inmediatamente un «Toronado» color celeste claro se dirigió hacia ellos desde la parte norte de Roosevelt.

Y un estilizado «Impala» gris plata acababa de frenar en la tercera bocacalle.

—¡Aprisa, amor! ¡Da la vuelta, aunque... nos rompamos el cuello contra un farol de alumbrado! —gritó el detective.

Andy torció el volante bruscamente y el
«Ford-Wild»

se encabritó como un caballo salvaje, enfilando Roosevelt en viaje de vuelta.

Pero el «Lincoln» de Goretta se interpuso en su camino inmediatamente.

El morro del «Lincoln» impactó contra el liviano «Ford» y lo desplazó de costado a diez metros de distancia.

Todavía no se había inmovilizado, cuando el «Toronado» chocó contra su parte posterior y lo hizo girar como una peonza.

El negro «Cadillac» en el que viajaban
Ling-Khay

y sus tres chinitos se encargó de inmovilizar al coche en que Preston y Andy eran agitados como si se encontraran a bordo de una gigante coctelera.

El bonito «Impala» venía lanzado a todo gas y chocó contra el «Ford» de costado, impulsándolo hacia la prolongación de Roosevelt de forma escalofriante.

Mareado y todo, Kodel extrajo ya «Walker» y se dispuso a lo

peor.

CAPÍTULO XIV

El maltratado

«Ford-Wild»

había rebasado a los cuatro automóviles y continuaba rodando milagrosamente sobre el asfalto de Roosevelt Road.

—Trata de continuar adelante, cariño —instó el detective tranquilamente—. Consíguelo o esos bestias nos convertirán en puré de guisantes.

Con un horrísono estrépito de planchas sueltas, el automóvil siguió avanzando precariamente cuando Andy oprimió el acelerador.

Para entonces, Kodel había sacado medio cuerpo por la ventanilla y disparaba sin interrupción sobre el «Oldsmobile-Toronado» que había recommenzado la persecución.

Un feroz gruñido de satisfacción escapó de la garganta del detective al comprobar que un neumático se había reventado y el «Toronado» se precipitaba contra la hilera de coches aparcados junto al encintado.

El potente «Oldsmobile» chocó contra un «Mercedes», se alzó sobre su parte delantera y corrió sobre los techos de media docena de vehículo aparcados hasta estrellarse contra el inmenso escaparate de una tienda de repuestos.

Curioso...

Sobre el escaparate podía verse un anuncio que decía: «Garantía contra accidentes de automóvil: Aseguradora McLyon».

Kodel no perdió tiempo, porque el «Impala» gris plata había logrado enderezar su marcha y se encaminaba ya tras el «Ford-Wild».

Había agotado la carga de la pequeña «Walker» y tuvo que extraer aprisa su eficiente «Veretta».

Un chorro de balas trazadoras le obligó a agacharse raudamente

tras del asiento, mientras. Andy conducía encogida tras el volante.

—¡Acelera, acelera, pequeña, o nos convertirán en chicharrón!
—gritó Kodel, exasperado.

—¡No podemos correr más, Preston! Las chapas de los guardabarros rozan con los neumáticos... ¿No hueles a goma quemada?

Era cierto.

Tan cierto como que el «Impala» estaba ganando terreno, acortando distancias, mientras una ráfaga tras otra se estrellaba sonoramente contra las planchas del desdichado «Ford-Wild».

Desesperadamente, Kodel se lanzó a la ventanilla, tomó puntería y disparó contra el conductor del «Impala» hasta agotar el cargador.

Mejor dicho, la pistola se encasquilló, produciendo un extraño «gluc».

Con una alegría indescriptible, el detective vio cómo el coche perseguidor se apartaba del centro de la pista y enfilaba rectamente hacia la esquina con Deaborn Street.

Una llamarada brotó junto a las acacias y el «Impala» estalló, después de que sus ocupantes saltaron despavoridos ante el inminente choque.

Kodel lanzó una corta y cínica carcajada y ordenó a su compañera que torciera por una callejuela cercana.

Al disminuir la marcha, el motor, recalentado, se caló.

Y Andy se sintió impotente para ponerlo de nuevo en funcionamiento.

—Es imposible, Preston. El coche está convertido en pura chatarra.

—Está bien, bajaremos. Pero antes tengo que revisar mi «Veretta». Es extraño; jamás me había fallado. Sin embargo, ahora me ha jugado una mala pasada. Al parecer, se ha encasquillado.

Andy le vio tirar con fuerza del carro de la pistola, tratando de extraer la bala que obstruía la recámara.

—Aprisa, Preston. Si nos demoramos aquí, esos asesinos nos alcanzarán. No querrás que nos asesinen, ¿verdad?

El no parecía escuchar, a pesar de lo crítico de la situación.

—¡Maldito cacharro! Se estropea cuando más falta me hace —rugió Kodel, luchando frenéticamente por dejar libre el carro móvil.

Súbitamente algo saltó por la ventanita lateral de la pistola.

Un pequeño cilindro de plástico, del tamaño de una bala, golpeó contra el panel y cayó sobre la falda de Andy.

Kodel lo agarró prestamente, olvidándose instantáneamente de la pistola.

—¡El microfilm! —gritó Andy, estupefacta.

—¡El microfilm! —exclamó Kodel, con infinita satisfacción. Lo desenrolló, miró al trasluz.

No podía interpretar exactamente los microscópicos signos, pero estaba seguro de que aquello eran fórmulas.

—¡Millonario, Andy, soy millonario! ¡Te cubriré de joyas, de pieles...! ¡Serás una reina, pequeña!

La miró, anhelante.

Y sintió un repentino frío en la nuca.

Porque Andy estaba seria, terriblemente seria. En su mano había una pistola.

La acababa de extraer de su bolso, sin duda.

Una «Magnum», un arma de cuidado, le apuntaba al corazón.

—Lo siento, amor. Pero aquí terminan tus sueños de grandeza.

—Escucha, quiero compartirlos contigo, nena. No pensarás...

—Estoy pensando eso precisamente, Preston.

—¿Quieres decir que...?

—Justamente. Dame ese microfilm. O dispararé sin dudar.

—¡Diablos de...! No hablas en serio, Andy, no es posible que trates de robarme... Ella no rió a carcajadas, como hubiera ocurrido en otra ocasión.

Alargaba la mano y en sus ojos había firme decisión de disparar. De un manotazo ella le arrebató el microfilm.

Y comenzó a deslizarse hacia fuera, accionando el cierre de la portezuela.

—Sospechaba esto, Andy. Me has traicionado, te has aprovechado de mí. ¿Qué harás ahora, vampiresa? Venderás ese microfilm, ¿no?

Ella no contestó.

Su expresión se había dulcificado, sus labios temblaban perceptiblemente.

—Eres ambiciosa, Andy. Lo quieres todo para ti, ¿no es eso? Y yo, ingenuo, he luchado para asegurar nuestro porvenir, para poder

ofrecerte una vida cómoda, lujosa, atractiva...

Ella continuaba tercamente muda.

—¿Cuál es tu objetivo, nena? ¿Convertirte en millonaria? ¿Contratar una docena de criados negros? Me gustaría conocer tu más ansiosa ilusión...

Por fin, Andy entreabrió los labios.

—Nada de eso que supones, cariño. Mi único objetivo es servir a la CIA. Esas siglas significan Central Intelligence Agency, ¿recuerdas? Tenías razón en tus sospechas, aunque estuvieses equivocado en algunos detalles, tesoro. No puedo permitir que lleves a cabo tus sueños. No serás rico, Preston, no podrás comprar esa villita en Acapulco, ni, acariciar morenas beldades hawaianas. Sin embargo..., ¡te quiero, Preston! No me arrepiento de nuestras cosas en común. Ahora me marcharé, será mejor que no intentes seguirme.

—Nadie se marchará de aquí, mi estimada señorita Moberly —dijo una voz tras de ellos.

Kodel se volvió de un respingo. Y lo que vio le hizo palidecer.

Era muy difícil impresionar al cínico Preston Kodel, hay que reconocerlo. Ling-Khai se asomaba por la ventanilla de la derecha.

Su respiración acariciaba desagradablemente el cogote del detective. Pero aquello no era todo.

Detrás del chino estaban Chum-Shing,
Pou-Yang
y el mastodóntico
Ming-Shé.

Los tres portaban eficientes metralletas.

De fabricación rusa, con toda seguridad. O tal vez, checas.

Del otro lado, nuevos personajes llegaron a integrarse en la reunión.

Teo Goretta retorció el brazo de Andy Moberly, le arrebató la pistola y cazó al vuelo el pequeño microfilm.

Detrás del *gángster* tripudo aguardaban Grover, Gallup y Picker.

También portaban armas suficientes para poner en compromisos a un pelotón de *marines*.

Y miraban a Kodel, como si el detective fuera una repugnante cucaracha al que fueran a pisotear de un momento a otro.

Por el cristal posterior, Kodel vio acercarse a Briam Ashduke.

Su caro traje azul marino se veía chamuscado, manchado y arrugado.

Sus cabellos estaban en desorden y su rostro aparecía surcado por arañazos y cubierto de cuajarones sanguinolentos.

Sólo faltaba un personaje a la reunión.

Un individuo alto y elegante, del cual sólo podía ver Kodel la ciudadana raya de sus pantalones.

El detective comprendió que la aventura había terminado. Curioso.

En verdad, sólo sentía una cosa; que Andy Moberly iba a morir también junto a él. Porque acababa de comprender que la amaba profunda y apasionadamente.

CAPÍTULO XV

—Vaya, vaya, vaya... Todo el clan de asesinos, espías y puercos pandilleros reunidos en amable confraternidad —rió Kodel sin inmutarse—. No es necesario que vea su cara, para saber cuál es su nombre, míster Turkey.

El hombre de los cabellos grises a lo Einstein lanzó una exclamación y se asomó por el lado de Andy.

—Confieso que me sorprende, Kodel. Le consideraba un estúpido, pero habré de rectificar mi juicio. Es usted un inteligente, deductivo y genial estúpido. ¿Cómo ha logrado descubrir que era yo precisamente quién llegaba?

—¿Se siente picado por la curiosidad, eh?

—Concedo que ha despertado usted un leve interés en mí.

—Me lo dijo Val Westady, Turkey.

—No digas estupideces..., aunque sea propio de usted, Kodel.

—No me saque de quicio, Turkey. Usted es un baboso asesino y todavía no se lo he dicho. Baboso, malintencionado y repugnante asesino, exactamente.

Turkey apretó los puños, pero logró contenerse.

—Vayamos a lo que interesa. No puedo creer que Val hablase después de muerta.

—Incrédulo... —se burló Kodel, risueño—. Sé que usted la asesinó. Ella tenía un libro entre las manos cuando usted la estranguló con su lazo de gasa, ¿cierto?

Turkey asintió con la cabeza.

—Val, antes de que usted la estrangulara, escribió con bolígrafo una palabra en la portada del libro. Esa palabra era «dorada», con lo que el título de la obra quedaba en *El asesino en la puerta dorada*. ¿Vive usted en un edificio que se llama Puerta Dorada?

Turkey volvió a asentir.

—Val era mucho más lista de lo que usted podía imaginar,

abogado. Por si fallaba aquel mensaje, dejó otro más en el libro.

El abogado le miró con evidente interés. En realidad, Kodel había logrado prenderle con su enigmático relato.

—Explíquese, Kodel. No tenemos prisa.

—Val Westady dobló la página por la que iba leyendo. Y el pico o vértice de aquella página señalaba un final de frase en el texto: *the most beautiful view of Turkey*[5]. Usted se llama Turkey y la doblada página era la segunda acusación de su víctima, Val Westady, abogado.

Nelson Turkey parpadeó, desconcertado. Y dijo:

—Ingenioso. De veras que nunca creí que Val sirviera para otra cosa que para hacer el amor. Por desgracia para ustedes...

Se interrumpió porque el lejano sonido de sirenas policiales llegó a sus oídos.

—No perdamos tiempo inútilmente, Smith —dijo

Ling-Khai

que había escuchado la conversación dando claras muestras de nerviosismo.

—Bien. Salgan, por favor. Darán un pequeño paseo en mi compañía, Kodel —invitó Turkey.

Kodel obedeció mansamente. Rodeó el vehículo, a Andy de la mano y apretó sus dedos cariñosamente.

—Suban al «Cadillac» —pidió, siempre correcto, el abogado—. Sus hombres pueden viajar en el coche de Goretta, Ling-Khai.

Unos segundos después abandonaban la callejuela vertiginosamente. Kodel iba pensando que Pauling había llegado tarde una vez más.

Y aquello les iba a costar la vida a Andy y a él.

Mientras el «Cadillac» continuaba rodando a velocidad creciente, virando alternativamente a izquierda y derecha, Kodel se sumergió en sus atormentadores pensamientos.

La suerte no le había acompañado, por desgracia.

Aunque al final hubiera encontrado el microfilm es el sitio menos imaginable.

Val Westady había demostrado ser algo más que una frívola, engañosa y enloquecedora mujercita.

Además de encontrar una ingeniosa forma de denunciar a su

asesino antes de morir, había encontrado ras lugar idóneo para esconder el valioso rollito de celuloide.

¿Quién podía sospechar que el microfilm se encontraría inserto en el cargador de su «Veretta», como un proyectil más?

Si algo sentaba rematadamente mal a Kodel era saber que había estado durante veinticuatro horas en poder de algo que representaba una riqueza inconcebible, sin sospecharlo.

Se había equivocado en muchas cosas, ahora era fácil comprenderlo.

Si bien era Turkey el que había asesinado a Val Westady, aquella circunstancia sólo era un eslabón de la cadena.

En realidad, debía suponer que los cinco hombres de los que había sospechado como presuntos asesinos de Val, integraban un gigantesco complot a escala internacional.

Pero también había que incluir a la bellísima Andy Moberly, que viajaba a su lado en completo silencio.

Ella sabía muchas cosas que había sabido guardar. Una agente del CIA, en misión de servicio..., ¡cuando Kodel imaginaba que se trataba simplemente de una muchachita ingenua y amable, deliciosa y ardiente!

Kodel se esforzó en poner en orden sus dispersas ideas, aunque no se hacía muchas ilusiones respecto a su porvenir.

¿Quién era el sonriente y educado chino al que Turkey había llamado

Ling-Khai?

Vestía

Ling-Khai

con excesiva rigidez de movimientos su elegante traje como para no suponer que se trataba de un militar.

¿Un oficial de la China comunista? ¿O tal vez al servicio del espionaje chino?

Todos habían demostrado interesarse por el pequeño microfilm, incluido el difunto Jerry Colomo.

Sin embargo, la sorpresa de Kodel estribaba en Briam Ashduke.

¿Era posible que un millonario se mezclara en asuntos tan sucios, en negocios tan repugnantes?

En cualquier caso estaba claro, que Briam había contratado a tres pandilleros, Torbey, Ercy y Calloun.

Y aquella misma tarde, Briam había visitado la bolera Scruzie para contratar a otros tres pistoleros.

Había abandonado la bolera a bordo de un «Impala». Como el que había arremetido contra el «Ford-Wild», estallando más tarde al estrellarse contra la esquina de Deaborn Street.

En resumen: Kodel había viajado tras las huellas de un asesino y había encontrado todo un lote seleccionado de criminales.

Y no cabía esperar nada. Excepto un balazo, como muerte más piadosa.

El «Cadillac» había alcanzado la zona portuaria, allá donde comienzan las instalaciones comerciales.

Poco después se detenía suavemente ante el portalón de una factoría, sobre cuya fachada podía verse un gigantesco rótulo:

Ashduke & Perth
CO.

A juzgar por las altas chimeneas, los elevados depósitos metálicos y otros detalles, podía deducirse que aquélla factoría se dedicaba a la elaboración de productos químicos.

Tampoco era difícil comprender que Briam Ashduke era uno de los dueños. El automóvil de Teo Goretta se detuvo a la derecha del «Cadillac».

Y Grover, Picker y Gallup se colocaron en línea, como si estuvieran cubriendo carrera para proteger a un personaje.

Al otro lado,
Pou-Yang,
Chum-Shing y
Ming-Shé,

continuaban tan sonrientes, detrás de sus metralletas.

Briam estaba oprimiendo un timbre junto a la puerta. Las planchas de acero se descorrieron lentamente y Grover empujó a Kodel y a la chica.

—Adelante, tipo listo —gruñó, golpeando al detective con el cañón de su arma—. ¿No sientes curiosidad por lo que va a ocurrirte ahí dentro?

Kodel disparó un brazo fulminantemente y alcanzó al pandillero en la garganta, con lo que Grover se fue al suelo sin un solo

lamento.

—¡Quieto! —gritó Turkey autoritariamente.

Y Gallup y Picker cortaron en seco sus movimientos. En realidad, habían estado muy a punto de rellenar a Kodel de plomo.

—Goretta, sus hombres no están disciplinados. Reconvéngales. En cuanto a Kodel y la muchacha... Yo me ocuparé de ellos cumplidamente.

Súbitamente, Kodel pareció volverse loco. Pero lo extraño fue que su arrebató se dirigió contra Goretta, en vez de agredir a Turkey.

Estupefacta, Andy le vio lanzarse sobre el *gángster*, zarandearle violentamente, mientras le dirigía insultos sin cesar:

—*¡Gángster* de m..., pedazo de borrego, lacayo, hijo de una mula y de un leopardo!

¡Voy a golpearle hasta...!

Cayeron los dos al suelo, enzarzados en una cerrada lucha cuerpo a cuerpo. Hasta que Turkey colocó el cañón de una pistola sobre el cráneo del detective:

—Déjese de peleas, Kodel. Sé que trata de precipitar su fin. Pero sólo conseguirá morir cuando yo decida.

Kodel se puso en pie, desencajado. Con tanta violencia que su empujón estuvo a punto de arrojar al suelo al sonriente Ling-Khai.

CAPÍTULO XVI

—Deme ese microfilm, Goretta.

El *gángster* sonrió estúpidamente y reculó un paso, amparándose en la protección que representaban las metralletas de Grover y compañía.

—¿Qué estupidez es ésta? —inquirió Turkey, inquieto—. ¡Vamos, entrégue me el microfilm!

Todos se encontraban en la cabina encristalada cercana a las salas de experiencias del laboratorio.

Desde allí podía dominarse la entraña estructura metálica que componían docenas de gruesas tuberías, plataformas elevadas, imponentes hornos de inducción, escalerillas, respiraderos, gigantescos aspiradores.

Kodel y Andy habían sido relegados a un rincón. Ocupaban dos sillas metálicas, vigilados de cerca por los hombres de Ling-Khai.

Goretta seguía sonriendo aviesamente, con la seguridad del que tiene la sartén sujeta por el mango.

—No... todavía —dijo. Y se retorció las manos con fruición—. Quiero asegurarme de que voy a recibir mi millón de dólares. En metálico y ahora mismo.

Turkey se quitó las gafas y sus ojos grises destellaron extrañamente.

Luego pareció tomarse el asunto con calma y sonrió.

—Veamos, Goretta, hombre desconfiado. Hemos realizado grandes negocios juntos, le he dado mucho dinero a ganar...

—Es cierto..., relativamente, míster Turkey. Porque he sido yo quien más se ha expuesto siempre. Usted ideó el truco de las fotografías y organizó el chantaje, teniendo como escenario mi Second Paradise. Pero era yo quien debía figurar, el que enviaba a mis chicos a cobrar... Y sólo percibía un diez por ciento. No, ahora

no transigiré, míster Turkey. Hicimos un trato, ¿no? Quiero mi dinero. ¡Ahora! Dijo que siempre tendría el dinero a mi disposición.

—Está bien, está bien —dijo Turkey, serenamente. Y luego susurró mirando a Ashduke:

—Briam... Abre el maletín que hay bajo la mesa. Goretta no se fía.

Briam dijo que sí y se inclinó bajo la mesa tras la que se sentaba Turkey, muy cerca de

Ling-Khai.

Súbitamente, Briam se incorporó con una metralleta en las manos. Goretta abrió mucho los ojos, con sus manos extendidas hacia adelante.

Una bala penetró a la altura de nariz, otra le perforó la frente y una tercera le astilló el parietal izquierdo.

Grover, Gallup y Picker no supieron reaccionar, helados de espanto.

Las armas que empuñaban resbalaron de entre sus dedos y sus cuerpos fueron empujados contra los cristales como agitados por la mano de un ciclope.

Cayeron antes que Goretta, que aunque muerto ya, se mantenía en increíble equilibrio, horriblemente desfigurado su ancho rostro.

Luego se inclinó despacio y al fin se desplomó sobre los cadáveres de sus guardaespaldas.

El humo de la pólvora quedó flotando en el ambiente unos instantes y míster Nelson Turkey tosió secamente.

Luego se limpió la boca con el pañuelo, esbozando un gesto satisfecho.

—Asunto zanjado —dijo—. Has sido muy efectivo, Briam, querido.

—Gracias, Turkey. En realidad, Goretta y sus hombres estaban distraídos, con los ojos llenos de dólares.

—Fue fácil —contestó el guapo Briam, modestamente.

Ling-Khai sonreía enigmáticamente, muy repantingado en su sillón.

—Curioso ejemplo de lealtad occidental, querido Smith —se burló.

—Deje de llamarme Smith,
Ling-Khai.

No es necesario ya. Deja esa metralleta, Briam, me molesta el humo que despidе por el cañón.

Ashduke miró burlonamente a Kodel y a la chica y colgó la metralleta de una percha.

—Curiosa pandilla de pillos y asesinos —murmuró el detective, sonriente—. Estuvo a punto de engañarme, Briam. Ahora comprendo que su historia del chantaje era sólo un bulo.

Briam se acercó con la sonrisa en los labios.

—No lo crea, sabueso. Eso me ocurrió realmente. Turkey y Goretta me sacaron bastante dinero, auxiliados por Val y Jerry Colomo. Hasta que me cansé. ¿Y sabe por qué? No tengo el dinero que cree la gente.

He jugado a la Bolsa muchas veces, pero la suerte no me sonrió. Turkey me propuso que me uniera a ellos y no lo dudé, ¿entiende?

Kodel asintió. Ciertamente que estaba comprendiendo muchas cosas.

—En realidad, ni siquiera el laboratorio es mío. Lo he vendido a mística

Ling-Khai

por dos millones de dólares. Creo que con eso y otros dos que perciba por la venta del microfilm, podré rehacerme.

—Dudo que lo logre, muchacho. La gente como usted termina pronto, muere joven. Es lástima, pero el crimen no rinde beneficios —dijo Preston, impasible.

—¿Usted sermoneándome con razones morales, Kodel? —rió el guapo Briam—. Un detective ambicioso, cínico, aprovechado, metido a redentor... ¡Es curioso!

—¡Muérase, Briam! Turkey en persona le meterá un par de balazos en el cuerpo. O ese sonriente chino, que nos contempla...

A Briam no le gustó aquello.

Y su disgusto se tradujo en el patadón que atizó al detective en el bajo vientre.

Kodel se inclinó hacia adelante, dolorido, y su puño salió disparado como una catapulta contra el estómago de Briam, que reculó vertiginosamente y cayó de espaldas sobre el montón de cadáveres de Goretta y sus guardaespaldas.

—Ojo por ojo, Briam —dijo Kodel, reprimiendo a duras penas las violentas arcadas que agitaban su estómago.

—¡Sucio! —barbotó Briam, incorporándose.

En un segundo había tomado la metralleta de un manotazo y montaba el cerrojo, dispuesto a disparar.

—¡Terminemos con esas estupideces! —gritó coléricamente Ling-Khai.

Con lo que demostraba que no es tan cierta la fama de pacienzudos que tienen los chinos.

Y añadió, mirando al abogado:

—Es preciso que recuerde que tengo esperando a cinco técnicos de laboratorio para ensayar esa fórmula, querido Turkey.

—Tiene razón,

Ling-Khai.

No perdamos tiempo, Briam. Registra el cadáver de Goretta y toma ese microfilm.

Briam Ashduke dejó la metralleta sobre la silla, de mala gana. Pero su expresión no auguraba nada bueno para Preston Kodel.

Registró aprisa, impaciente.

Se incorporó perplejo, desconcertado.

—Parece increíble, Turkey. Pero en los bolsillos de Coretta..., ¿no está el microfilm!

CAPÍTULO XVII

Turkey se alzó del sillón con tanta furia que estuvo a punto de tirar la mesa.

—¿Estás loco, Briam? Eso que dices..., ¡no es posible! Briam se agitó, inquieto.

—He registrado todos sus bolsillos uno por uno, Turkey.

—Está bien, regístralos a todos. Quizá Goretta entregó el microfilm a uno de sus hombres.

Briam obedeció.

Empleó más de diez minutos en poner del revés todos los bolsillos, en palpar las costuras e incluso revisar sus zapatos:

Con resultado negativo.

—No está —dijo desmayadamente.

—No puedo creerlo —rezongó Turkey, consternado. Gruesas gotas de sudor rodaron desde su frente hasta la barbilla, empapando su rostro.

Tranquilamente,
Ling-Khai
apuntó:

—Es posible que Goretta se tragase el microfilm, en prevención de que ocurriera esto —dijo señalando los cadáveres.

—Si eso es cierto, ¿cómo podremos...? —dijo Turkey.

Y se interrumpió de pronto.

Ling-Khai sonrió cruelmente.

—Sí... Eso mismo que acaba de pasar por su cerebro, Turkey. Tendremos que abrir en canal al *gángster*.

—No podría hacerlo,

Ling-Khai

—Turkey estaba intensamente pálido, parecía un enfermo—. Es superior a mis fuerzas. Briam...

Briam dio un paso atrás y sus manos temblaron.

—No... ¡No soy un carnicero! Me moriría de repugnancia.

—Está bien —dijo

Ling-Khai,

sonriendo con suficiencia—. Para ser unos asesinos, me parecen ustedes excesivamente remilgados. Uno de mis hombres lo hará. Ming-Shé tiene gran experiencia en descuartizar ganado vacuno, ¿no es cierto?

Ming-Shé sonrió de oreja a oreja.

—Sí, señor. Estoy dispuesto.

—Bien... Usted, Briam, ayudará a

Ming-Shé

a transportar a Goretta hasta la sala de lavado. O quizá sea mejor comprobar los cuatro cadáveres. ¡Llévenselos!

Estaba claro que era ahora

Ling-Khai

quién dominaba la situación, el indiscutible protagonista.

Oyéndole hablar con tanta indiferencia de descuartizar cuatro cadáveres humanos, Preston Kodel no pudo impedir que los cabellos de su nuca se erizaran de espanto.

Miró a Andy.

Y la vio estremecida de pánico, de repugnancia, de un asco indescriptible.

Ming-Shé y el joven Briam tardaron casi un cuarto de hora en trasladar los ensangrentados cuerpos de Teo Goretta, Grover, Gallup y Picker.

Luego transcurrió media hora terriblemente larga. Al fin, Briam y el chino volvieron a la cabina.

Briam llegó tambaleándose. No era difícil suponer que el chino le había obligado a contemplar su «obra» y que Briam había arrojado todo lo que tenía en el estómago, con el saco digestivo incluido.

Viendo su aspecto, Kodel comprendió que Briam Ashduke había pagado en aquella media hora todos los errores cometidos hasta entonces.

Ming-Shé traía las manos ensangrentadas y sus pantalones parecían los de un carnicero.

No sonreía como de costumbre, porque a pesar de su gran voluntad, no había encontrado el microfilm.

—Nada, señor —dijo escuetamente. Y recogió su metralleta en silencio.

Hasta el propio e inmutable

Ling-Khai

perdió su perenne sonrisa y un ramalazo de ira descompuso su rostro.

—¿Cómo es posible? —dijo mordiendo las palabras. Y enseguida añadió:

—Goretta se deshizo del microfilm en el tramo comprendido entre el portalón y esta cabina. ¡Hay que buscarlo! ¡Todos lo buscaremos!

—¡Vamos! —apremió Turkey, ansioso—. ¡Es preciso encontrarlo antes de que alguien lo pise o lo destruya inconscientemente!

Briam Continuaba atontado, al borde del síncope o del desfallecimiento.

—Escuche, Briam. Quédese aquí, vigilando a Kodel y a la chica —ordenó el chino—. Turkey y el resto buscaremos en el exterior.

—¿Por qué no los eliminamos,

Ling-Khai?

Nos evitaríamos un engorro —propuso Turkey aviesamente.

—Eso puede esperar, Turkey. ¡Vamos, busquemos milímetro a milímetro!

Briam tomó la metralleta y se sentó enfrente de los dos prisioneros, mientras los otros se precipitaban hacia fuera.

—Escuche, muchacho —dijo Kodel, tratando de inspirar confianza a Briam—, usted no sirve para esto. Sé que ha sufrido una dura experiencia. ¿Por qué no nos deja escapar? Puede venir con nosotros.

—Sí que sirvo para esto, Kodel —respondió, contrayendo las mandíbulas—. Y si no sirvo..., ¡aprenderé! Hay mucho dinero por medio, ¿comprende?

—Comprendo que Turkey o el chino se librarán de usted en cuanto no les haga falta, Briam. No le imploro por mí, muchacho. Pero esta joven es inocente, no tiene nada que ver con el asunto. Ellos la asesinarán...

—¿Inocente? —Briam rió histéricamente—. ¡Es una espía, una mujer acostumbrada a la violencia y a la muerte! Ella misma dijo que pertenecía a la CIA, ¿no?

Briam no se dejaría convencer.

Por otra parte, no los perdía de vista un segundo.

Kodel había sido desprovisto de sus dos descargadas pistolas, y la «Magnum» de Andy había quedado en la alfombra del «Cadillac».

No había ninguna posibilidad de escapar. Sin embargo, Kodel no perdió la serenidad.

Quince minutos después, Turkey volvía acompañado de los chinos.

—Incomprensible... —murmuraba el abogado, completamente desconcertado—. Hemos registrado palmo a palmo el suelo y..., ¡nada! El microfilm se ha volatilizado... No está en el coche, ni en el suelo, ni...

Ling-Khai tenía la mirada perdida en un punto remoto del techo. Sus hombres se habían distribuido por la habitación y aguardaban sus instrucciones.

—Me ha hecho perder mucho tiempo, Turkey. Mis técnicos debían estar ya desarrollando la fórmula de ese gas, experimentando la primera fase de fabricación...

En cambio, tengo las manos vacías... Creo que ya no les necesito para nada, Turkey, Briam...

Ling-Khai inclinó su barbilla sobre el pecho en muda señal.

Y Chum-Shing,

Pou-Yang

y

Ming-Shé,

dispararon al mismo tiempo sus metralletas. A Briam, la muerte le sorprendió por la espalda.

Su última mirada fue para Preston Kodel, como si admitiera en el postrer instante, la verdad de las palabras del detective.

En cuanto a Nelson Turkey, recibió tal cantidad de plomo en brevísimos instantes, que su cuerpo fue despedido sobre las rodillas del detective.

Kodel lo empujó suavemente y frunció los labios al ver que su pantalón gris claro estaba manchado de sangre.

Ling-Khai se le quedó mirando imperturbable.

Durante una milésima de segundo, Kodel musitó una tardía oración, creyendo que los siguientes disparos de las metralletas terminarían con su vida y con la de la entrañable Andry Moberly.

Kodel no era un buen creyente, ni un mediano cristiano siquiera.

Pero a partir de aquel instante creyó fervientemente en la omnipotencia del Creador. Porque

Ling-Khai

acababa de alzar el brazo, deteniendo la acción de sus pistoleros.

—No, no voy a matarle... todavía, míster Kodel —dijo el chino, sonriendo con la misma gracia que podría hacerlo una serpiente.

—Muy... Muy amable,

Ling-Khai.

¿Le importaría decirme qué tipo de tormento chino me reserva?

—Oh, míster Kodel es un gran humorista. A

Ling-Khai

le gustan las personas que conservan la serenidad en momentos tan... críticos como éste.

Avanzó unos pasos y le miró intensamente, como si quisiera taladrarle con la mirada de sus ojos oblicuos.

—No habrá tormento, por ahora. Usted me interesa muchísimo, míster Kodel... Porque sé que usted es..., ¡quien tiene en su poder el microfilm!

CAPÍTULO XVIII

Kodel rió largamente.

Sus carcajadas comenzaron siendo divertidas, alegres... Pero terminaron en un sollozo agudo, casi histérico.

Los chinitos le miraron con evidente perplejidad, intensamente desconcertados. E incluso en los ojos de

Ling-Khai

brillaba una lucecita extraña, de incertidumbre.

—Se equivoca, honorable

Ling-Khai.

No tengo el microfilm. Pueden registrarme.

—No me llame «honorable». No lo soy. Y en mi país esos pomposos tratamientos han desaparecido. Todos somos camaradas, ¿comprende?

—Sí... Comprendo, «camarada»

Ling-Khai.

Pero insisto, no poseo el microfilm. Usted mismo pudo ver que Goretta lo arrebató de la mano de mi compañera.

—Lo vi —dijo el chino. Y en sus ojos se reflejó una astucia muy China—. También vi que saltó de pronto contra Goretta, aparentemente excitado. Pero he pensado que quizá aquello fue una argucia para escamotear hábilmente el microfilm.

—Lo siento,

Ling-Khai,

porque era su última oportunidad para recobrar ese pequeño rollo de celuloide. Pero su hipótesis carece de realidad. No tengo lo que usted busca.

¿Cree que no se lo entregaría a cambio de salvar mi vida y la de mi compañera?

—No logrará confundirme, Kodel, métase eso en la cabeza. Por otra parte, he decidido ya la muerte de ustedes dos y nunca me

vuelvo atrás de mis acuerdos. Un baño gigantesco que contiene dos mil litros de sosa cáustica en su fase de reacción, está preparado ahí fuera. En realidad, ese producto estaba destinado a realizar algunos experimentos con el gas venenoso, cuya fórmula se describe en el microfilm. Pero servirá para convertirles a los dos en esqueletos mondos y esterilizados.

Kodel se estremeció de pies a cabeza. Andy Moberly tembló como un pajarillo.

Aun así, ella tuvo fuerzas para estrechar la mano del hombre y apretarla, dándole ánimos.

Preston iba a gritar, a decir algo, cuando

Pou-Yang

y

Ming-Shé

cayeron sobre él, obedeciendo la orden de registrarle que había dado

Ling-Khai.

Sus nervios se desataron y sus manos rígidas comenzaron a repartir mortíferos golpes entre los dos chinos.

De improviso, el fornido

Ming-Shé

disparó un trallazo de sus largos brazos y el detective se derrumbó como herido por un rayo.

Delante de Andy, sin el menor recato, Kodel, inconsciente, fue desnudado por completo y registrado con minuciosidad.

—El microfilm no aparece, señor —dijo

Pou-Yang,

estupefacto—. No está en las ropas ni en el cuerpo de Kodel.

Ling-Khai dejó caer su puño violentamente sobre la mesa, fuera de sí. Luego miró a la mujer de arriba abajo y pareció serenarse.

—Cacheadla a ella también. Si no lo tiene Kodel, es que se lo entregó a *miss* Moberly. Por fortuna, Preston Kodel permanecía sin sentido.

Gracias a ello, se perdió el grosero, aunque impersonal, cacheo de los dos chinos a Andy Moberly.

—¡Señor, señor...! Tam..., tampoco la mujer lo tiene —balbució

Pou-Yang

temeroso.

—¡Estúpido! —gritó

Ling-Khai

—. ¡No es posible, no es posible...! ¡Tiene que estar en alguna parte!

Había palidecido intensamente y sus labios temblaban.

—Lo siento, señor. Pou-Yang tiene razón. El microfilm no está en mujer americana —informó Chum-Shing, más sereno.

—Entonces, todo está perdido. El coronel

Fu-Wong

nos mandará fusilar si regresamos con las manos vacías a Pekín.

Hundió la cabeza entre las manos y gritó, gritó alucinantemente, como un energúmeno.

Luego apartó lentamente los dedos y miró a Andy, que estaba vistiéndose aprisa.

Después, sus ojos fueron al cuerpo de Preston Kodel.

—He fracasado... Lo reconozco. Pero vosotros dos, ¡moriréis de una forma original, propia de la mente de un chino! ¡Viste a Kodel, Pou-Yang!

Se levantó de la mesa, tambaleándose, vacilante.

En realidad, del sonriente y sereno chino que había sido

Ling-Khai

no restaba más que la figura.

Parecía haber envejecido muchos años en aquellas últimas horas de la madrugada. Su rostro estaba demacrado, más amarillo que de costumbre y sus ojos habían perdido el brillo.

—Pou-Yang,

Ming-Shé,

Chum-Shing... Coged a los dos yanquis y sacadlos a la nave central... ¡Ésta será la última noche del cínico Kodel!

Preston Kodel abrió los ojos a la altura de la plataforma superior.

Le dolía terriblemente la cabeza y apenas podía coordinar sus ideas.

El áspero gas blanquecino que flotaba en el aire le produjo una desagradable irritación en la garganta.

Tosió secamente y su cerebro se estremeció de dolor.

Ming-Shé y Chum-Shing continuaron arrastrándole adelante, a lo largo de la plataforma a modo de trampolín de piscina que

avanzaba sobre el vacío.

Preston Kodel lo vio todo con ojos extraviados.

El metálico trampolín por el que era arrastrado, que se iba terminando con pavorosa rapidez.

Y debajo el inmenso recipiente de acero al cromo-níquel, en el que unas articulaciones metálicas movían el denso baño de sosa cáustica.

De la superficie de la corrosiva materia hirviendo surgía aquel gas blanquecino, ondulante, que asfixiaba.

No quiso resistirse, demostrar que aún conservaba un resto de lucidez. Sus ojos se mantenían entrecerrados y sus músculos flojos, inertes.

Cuando los dos chinos llegaron al borde del trampolín, Andy Moberly gritó como una loca.

Pou-Yang, que permanecía junto a ella al comienzo de la plataforma que se alargaba junto al muro, se vio en dificultades para sujetarla.

—Tranquilícese, *miss* Moberly —gritó

Ling-Khai

desde abajo—. Todavía tendrá la oportunidad de contemplar el esqueleto de su adorado Preston Kodel.

Andy se debatió bruscamente entre los brazos del chino.

Le arañó, le mordió un dedo, golpeó sus espinillas con las finas punteras de sus zapatos...

Hasta que

Pou-Yang,

exasperado, la golpeó con el canto de la mano en la nuca y Andy dobló las rodillas, conmocionada.

Al término del trampolín,

Ming-Shé

y Chum-Shing se inclinaron sobre el inmóvil cuerpo de Kodel para agarrarle mejor bajo las axilas.

Y trataron de impulsarle con todas sus fuerzas, para que cayera al depósito de sosa, situado cuatro metros debajo.

De repente, los músculos del detective se tensaron.

Y sus pies, formando gancho, se adhirieron a los barrotes verticales de las dos barandillas que protegían el estrecho andén.

El impulso de los dos chinos era excesivo, sin duda.

Sus manos resbalaron sobre los brazos de Kodel, vacilaron al borde del vacío... Y sus alaridos se mezclaron en espeluznante concordancia.

Abajo,
Ling-Khai

maldijo en chino y sacó su pistola. Pero no podía disparar contra Kodel, que permanecía tumbado sobre el piso.

—¡Atácale,
Pou-Yang!

¡Lánzale al baño de sosa! —barbotó, convertido en una furia.

Pou-Yang abandonó el cuerpo inanimado de Andy Moberly y avanzó plataforma adelante.

El chino era un formidable luchador y confiaba en arrojar al yanqui al vacío.

Para entonces, Kodel se había incorporado y permanecía arrodillado, muy cerca del borde del trampolín.

Cuando
Pou-Yang

estuvo a sólo tres metros, con el fanatismo brillando en sus ojos oblicuos, Kodel se irguió lentamente y plantó cara.

El chino se lanzó de improviso hacia adelante, en elástico salto.

Su movimiento suponía la muerte para él también, porque
Pou-Yang

sabía que le sería imposible detenerse ya.

Sólo que, incomprensiblemente, el chino no encontró el cuerpo de su enemigo.

Porque Kodel se había dejado caer de espaldas sobre el suelo y alzó sus piernas con fuerza, impulsando el cuerpo del chino.

Tanto fue el desconcierto de
Pou-Yang,

que ni siquiera tuvo tiempo de gritar su espanto antes de sumergirse en el borboteante baño de sosa.

Abajo,
Ling-Khai

comenzó a disparar enloquecido.

Pero sus disparos eran inútiles, ya que las balas de su pistola no podían atravesar la chapa metálica de seis milímetros de espesor que protegía a Kodel.

En aquel instante, dos sombras saltaron a espaldas de Ling-Khai.

Y antes de que el chino pudiera reaccionar, unas cromadas esposas sujetaban sus muñecas.

Luego la nave central fue invadida por una oleada de policías, con el teniente Pauling al frente.

Kodel se incorporó lentamente y miró al baño de sosa.

En la superficie podían apreciarse algunos trozos de cuero cabelludo flotantes, girando sin parar.

Se alejó de allí, asqueado.

Con el cuerpo de Andy en sus brazos, descendió sin prisas, casi solemnemente. Amos Pauling se quedó rígido al verle.

—¡Kodel! ¡Queda arrestado! ¡Tendrá que responder de muchas cosas! —rugió.

Un individuo bien trajeado, de rasgos agradables y cabellos grises, avanzó hasta el pie de la escalerilla.

—Soy Charles Medawy, de la CIA, señor Kodel. ¿Miss Moberly? —inquirió con tono ansioso.

—Está bien, míster Medawy. Sólo desmayada. Uno de los chinos la golpeó para evitar que gritara.

Andy eligió aquel momento para abrir los ojos. Miró a Kodel como si fuera un aparecido y le besó en los labios desesperadamente.

Luego empleó un minuto en susurrar algo al oído de míster Medawy, que asintió con la cabeza repetidamente.

—¡Tiene que acompañarme, Kodel! ¡No estoy demasiado seguro de que no sea culpable! —vociferó Pauling, detrás del detective.

—Olvídese de ello, teniente —dijo Medawy—. Kodel no sólo es inocente de cualquier delito, sino que ha evitado que importantes documentos fueran a parar a manos de ese hombre —terminó señalando a

Ling-Khai,

mudo e impasible.

Pauling palideció y Kodel le sacó la lengua, para mayor escarnio.

—Todo ha terminado bien por puro milagro, señor —dijo Andy, todavía pálida—. Sólo el microfilm que Richard Blase robó en el Departamento de Defensa inglés no podrá ser devuelto. Desapareció inexplicablemente.

Ella estaba relatando las circunstancias de la desaparición del microfilm a Medawy, cuando tropezó con la burlona mirada del cínico Kodel.

Y una sospecha la asaltó. Avanzó hacia Preston, señalándole acusadoramente con un dedo.

—A pesar de todo, Preston... ¡Sé que tienes el microfilm, sinvergüenza! ¡Confíésalo!

¿Dónde lo guardaste?

Kodel seguía sonriendo hasta que estalló en carcajadas.

Las carcajadas liberaron su carga nerviosa y aumentaron su excelente buen humor. Cuando pudo sofocar su risa, se limpió los labios con un pañuelo y aseguró:

—Te equivocas, Andy, tesoro. No tengo el microfilm. Pero sé quién lo guarda en sus bolsillos.

Todos guardaron silencio, pendientes de las palabras del detective.

—¡Dilo ahora mismo, Preston Kodel! —gritó, furiosa, la bellísima Andy—. ¡Confíésalo o... te aseguro que ésta será tu última noche, como te vaticiné

Ling-Khai!

—¡Eso, eso justamente! —rió Kodel a mandíbula batiente.

—¿Qué quieres decir exactamente? —preguntó ella, desconcertada.

—Que

Ling-Khai

tiene el microfilm en el bolsillo trasero de su pantalón. Efectivamente, se lo escamoteé a Goretta y al levantarme del suelo lo deslicé en el bolsillo de

Ling-Khai,

por si me registraban.

Todos le vieron acercarse al chino, meter una mano en su bolsillo y extraer un tubito de plástico amarillo.

Medawy lo tomó en sus manos y lo observó al trasluz.

—Es lo que buscábamos. Nos anotaremos un buen tanto al devolverlo a los británicos.

Es un destacado servicio, míster Kodel.

Kodel no le escuchaba, porque estaba mirando al perplejo Ling-Khai,

que se estaba mordiendo la lengua, amenazando destrozársela.

Andy Moberly tomó a Preston por un brazo y lo condujo, modosita ella, a un rincón oscuro, debajo de la escalerilla.

Y besó al detective en la boca, hasta que éste tuvo que separarse para recuperar la respiración.

—Me convences, Preston, cerebro. Ha sido una excelente jugada, propia del siempre inteligente y brillante Preston Kodel.

—No sigas, que me ruborizo, nena. Y no te hagas ilusiones. He descubierto mi juego, porque me sería imposible recuperar el microfilm en el bolsillo de

Ling-Khai.

Ella sabía que nada había imposible para Preston Kodel. Pero pretendió dar crédito a sus palabras.

—Tengo bastante dinero, Preston, amor. Te lo daré, si lo quieres. He percibido buenas sumas por mis servicios al CIA y pienso pedir la baja a perpetuidad. Tendrás el dinero que necesites.

—¡Magnífico, tesoro! No soy uno de esos anticuados tipos que enrojecen de vergüenza cuando una mujer les ofrece dinero. Ve preparando el talonario de cheques... ¡Pienso agotártelo en corto tiempo!

Ella le miró a los ojos. Y no resistió la tentación de besarle de nuevo.

—Escucha, prepotente Kodel. Ling-Khai quiso convertirme en unos cuantos litros de materia repugnante. Vaticinó que sería tú última noche. Tenía razón; será tu última noche..., ¡de soltero!

Ella le apretujó con pasión, le besó con frenesí, le acarició con infinita suavidad. Y Preston Kodel dijo a todo que sí.

¿Qué podía hacer el pesquiza Kodel, un tipo fatuo, atlético, inmoral, risueño, burlón, inteligente, brillante y cínico?

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Mesilla de ruedas para uso de la casa, en la que se transportan licores, hielo, cristalería, etc. < <

[2] Fiscal del distrito. En Estados Unidos, el fiscal no sólo interviene en la vista de las causas, sino que trabaja directamente también en las diligencias previas y formación del sumario. (N. del A.). < <

[3] Alude al hecho de que en Estados Unidos, los reporteros sensacionalistas son llamados *amarillos*, como el color del limón, naturalmente. < <

[4] Nombre familiar que recibe Chicago, debido al hecho de que las brisas que se originan en el lago Michigan se dejan sentir continuamente en la gran ciudad. < <

[5] En inglés: La más bella vista de Turquía. Frase convencional de un libro, de la que el protagonista extrae la palabra que le interesa: Turkey, que además de significar Turquía en inglés, es un apellido corriente en Estados Unidos. < <